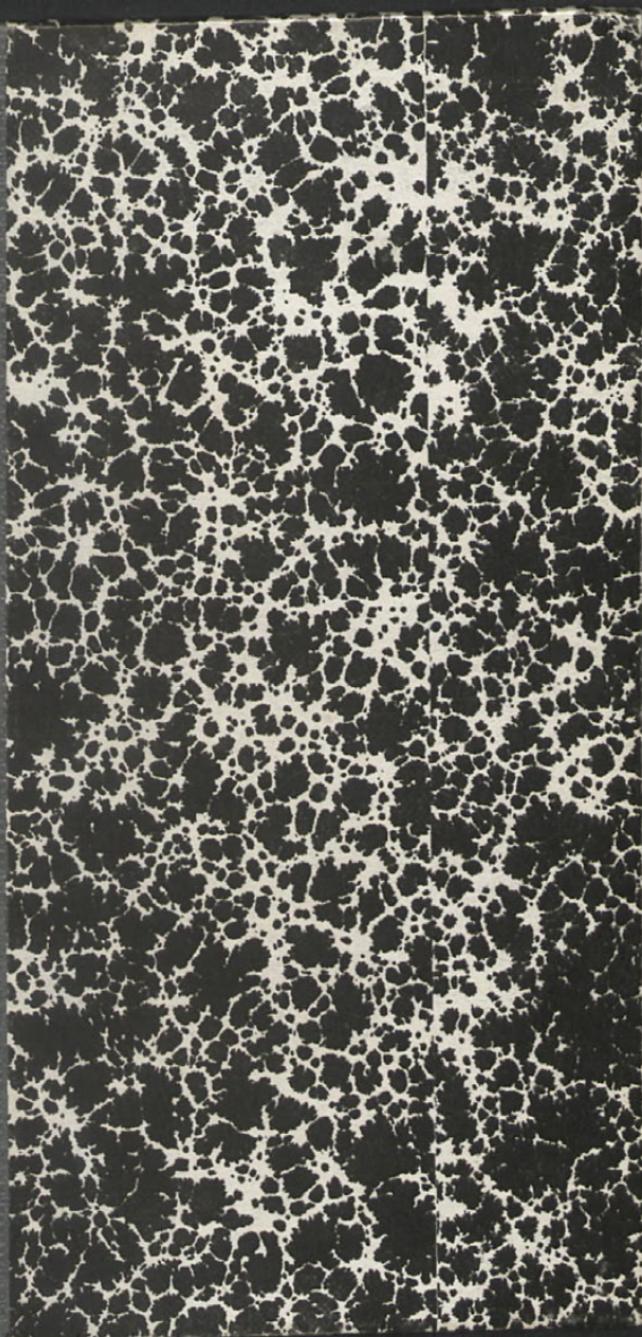


[Illegible text on a label on the spine]





ENCUADERNACION
VERONICAS
—
MURCIA

AYUNTAMIENTO
DE MURCIA
ARCHIVO

EST^E

7

TAB^A

F

N.º

6

Mod. 39 78



En el mundo Lucerfano.

VICENTE MEDINA



EST^ETAB^A

N.º

Y

F

6

AR (Versos de amor) con un
namano.

STRO! (Breviario) Pensamien-

A (Sentimiento regional) Pro-

EN LAS ESCUELAS (Preceptiva literaria y
pedagógica) Prosa.EN EL MUNDO HUÉRFANO (Excepticismo)
Prosa.

LA COMPAÑERA (verso) Poema íntimo.

Amaos los uno a los otros (Libros para
Canciones de niños niños y, pa-
niños, ó sea ingénuos. ra hombresI YA REGADA ESTÁ LA TIERRA
CON LA SANGRE DE LOS HOMBRES.II HONDOS SURCOS HAN ABIERTO
LOS TRABAJOS Y LAS PENAS...III SEMBRADORES, A LOS CAMPOS
QUE ES EL DÍA DE LA SIEMBRA!...TRIBULACIÓN Tres libros en un volumen
de 409 páginas.

- Libro I - HACIA LA NUEVA JERUSALEN
 " II - PATRIA GRANDE
 " III - ANTE LA NUEVA FÁBRICA DEL
 MUNDO

Estos volúmenes contienen escuetamente las tendencias radicales del autor ante el desquiciamiento social: guerra, imperialismo, militarismo, nacionalismo.

En el mundo huérfano

Colección
de las
Obras Completas
de

VICENTE MEDINA

Editadas
por el propio
autor



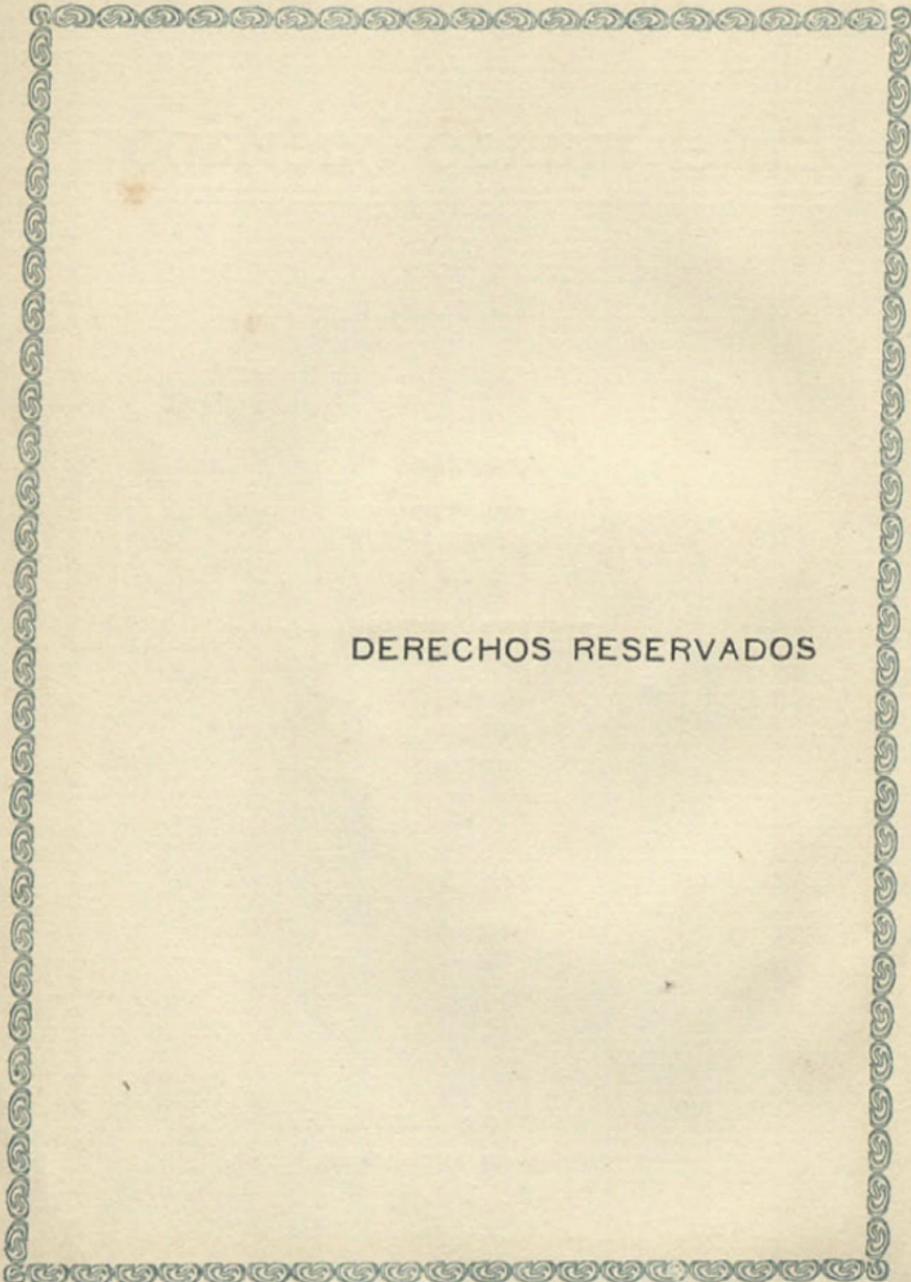
V

Rosario de Santa Fé

(República Argentina)

Año 1921

R. 6701

A decorative border with a repeating scroll-like pattern surrounds the central text.

DERECHOS RESERVADOS



En el mundo huérfaño

En efecto, ¿para qué escribir!
¡Porque eso de dar nuestro nombre a ideas expósitas!... Y es lo que el público más pide. Lo de uno, lo propio de uno, le molesta casi siempre. Y se comprende. Tropezar con un hombre es doloroso, porque un hombre, no un mero escritor, es un espejo, y un espejo nos obliga a vernos, a ver nuestro hombre — ¡ecce homo! — a oírnos; ¡y es tan doloroso oírse! Por esto gustan las estridencias, porque en ellas no se oye sino el ruido y se escapa el sibilus aurae tenuis, el susurro, que es la voz de Dios cuando habla en nosotros y por nosotros. — Miguel de Unamuno.

“Nuevo Mundo”-18-VII-19

En el mundo huérfano

DICE Pío Baroja en su libro “Las horas solitarias” página 214

“En el libro “De Alemania”, de madama Stael, está traducida “La visión”, de Juan Pablo Richter, que pinta la desesperación de las almas al saber que el mundo es huérfano.

Los muertos resucitados buscan a Dios y no lo encuentran, se dirigen a Jesucristo y le preguntan si hay Dios, y Cristo les responde:

“No lo hay. He recorrido los mundos, me

he elevado por encima de los soles y allí no está Dios; he descendido hasta los últimos límites del universo, he mirado en el abismo y he gritado: ¡Padre! ¿Dónde estás? Y no he oído más que la lluvia que caía gota a gota en el abismo, y la eterna tempestad que ningún orden rige, me ha respondido solamente”.

De un fondo así de desesperación, de amargura, como el de la visión de este Cristo de Richter, que dice, encontrando el cielo vacío, a los niños que le siguen: “Hijos míos, Dios no existe; ni vosotros ni yo tenemos padre”, parece nacer la irreligiosidad de Jeuerbach”.



Dejándose llevar de la sentimentalidad corriente entre los hombres, eso parece tremendamente trágico; pero, si pensamos un poco, eso no es nada.

¡Irreligiosidad! Yo la siento absoluta, y no arranca de un fondo de desesperación, sino de una plácida indiferencia por convic-

ción de impenetrabilidad.

Muy precioso, en la falsa quimera artística, eso de los muertos resucitados que preguntan por Dios, y Cristo que les responde: "No lo hay", y a los niños que lo siguen: "Hijos míos, Dios no existe; ni vosotros ni yo tenemos padre".

No solamente los hombres fanáticos y los fácilmente sugestionables, sino una gran mayoría de intelectuales, se empeñan en hacerse una concepción del universo a base de su sentimentalidad. Y me atrevo a decir jocosamente que estos hombres, más que con la cabeza, piensan con sus nervios, con su corazón, con su sangre y hasta con su estómago... Ya sé que nuestro cerebro vive y se nutre de esos órganos y que quizás la mayoría de nuestros pensamientos viene de aquellos centros importantes de vida. ¿Pero por qué el cerebro, órgano formado exclusivamente para pensar, no ha de pensar independientemente de aquellos otros órganos, salvo la necesidad de vivir de ellos, como el hombre que vive del aire y de otras cosas de las que se considera independien-

te? Pensemos:

El sentimentalismo no nos debe impedir el pensar.

El sentimentalismo es una cosa muy bonita para los que lo sienten y para la vida en particular del hombre en este mundo, ¡claro está! siempre que las corrientes humanas, aquí en la Tierra, sean sentimentales. Porque pueden venir épocas o casos en que no lo sean y, entonces, un sentimental, un romántico, un religioso, un altruista, un idealista, será un tipo anormal y fuera de cacho.

Pero pensemos:

Esa orfandad desesperante de los niños, de los débiles, del abandonado mundo en la indiferencia cruel de los infinitos espacios, quizás no es nada en el orden universal. Y puede ser una razón suprema que cuando son así las cosas, es porque así deben ser.

¡El hombre! ¿Qué será el hombre en el universo? ¿Existirá, siquiera, en otros mundos? ¿No será una especie rara y raquítica de este pobre mundo?

Cristo! ¡pobre buen hombre! como hombre, entre los hombres, está bien... ¡Pero Cristo, errante de astro en astro, buscando a su padre!... La ironía... ya sé. Es bonito.

¿Qué pensarían en los otros mundos de nuestro Cristo?

¿Pero la facultad de pensar existirá en otros mundos?

¿Servirá para algo esto que en este mundo llamamos pensamiento?

¿No serán absolutamente infalibles las fuerzas ciegas del Universo “en la eterna tempestad que ningún orden rige y que es la única que responde” a nuestros desolados gritos?

¿Por qué tanta importancia a la indiferencia de ese gran padre descastado, disculpado por el buen Cristo que dice “No lo hay”, cuando entre los hombres mismos, tan sentimentales, la orfandad clama desconsolada por todas partes?

¿A qué irnos a buscar a Dios por el Universo, si tanto tenemos que hacer cada uno

en nuestro Universo interior del que somos dioses?

Nuestra vida, y en relación con nosotros mismos, es un hecho positivo: el único hecho positivo. Ni siquiera podemos saber nada de las otras especies que conviven con nosotros en este planeta. Lo que de ellas sabemos es, relacionándolo con nuestra vida, posiblemente todo absurdo: sacrificamos los animales para comer sus carnes, los uncimos a nuestros carros y los apaleamos brutalmente, despojamos de su miel a las abejas, encerramos a los pajaritos en las jaulas para que nos canten y segamos, como si cercenásemos cabezas, las más bellas flores... ¡Y eso que no somos dioses!

Y tan sentimentales como somos, ¿qué caso hacemos de los berridos de los animales cuando son arrastrados a los mataderos, ni del cansancio de la bestia uncida, ni de la abeja hambrienta, ni del pajarito que canta una endecha triste en su prisión, ni de la flor tronchada que espira en nuestras manos embalsamándonos con su perfume?....

¿Por qué entonces clamamos contra el sordo Dios, contra el Dios huído, contra el Dios negado, contra el descastado padre?



Hombres: ya que lo que llamamos el mal no tiene remedio, no nos vayamos por esos mundos, por el Universo, con la pretensión de enterarnos de cosas que nunca entenderemos. Y a Dios que ni siquiera podemos concebir cómo sea, menos podremos encontrarlo.

Démonos a pensar (con plácida indiferencia por convicción de impenetrabilidad) y tratemos, eso sí, de arreglar lo mejorecito posible este mundo, el mundo del hombre, que es nuestra casita, y dentro de la que únicamente existirá, posiblemente, lo bueno y lo malo, el dolor y el placer, lo grande y lo pequeño, la vida y la muerte... ¡Quizás no es poca suerte la nuestra cuando tales cosas tenemos!

Así, que debemos empezar por arreglarnos primero cada uno, acomodándonos co-

mo Dios nos dé a entender... Ese Dios que lo negamos porque no responde a nuestra voz con otra voz humana... Esa es la lógica del hombre, casi siempre, pobre insensato... Llamad en los campos a las bestias, a los insectos, a las aves, a las plantas.... También diréis que no os contestan... ¿Qué sabéis vosotros? ¿Y por eso negaréis que existen? ¿Y cuando os devoren las fieras y os muerdan los reptiles y os piquen las abejas y se nieguen a cantar los pájaros y os puncen las flores con sus espinas, negaréis que puedan ser tan buenos como vosotros y tan conscientes y tan sentimentales como vosotros, que coméis carnes sacrificadas, que esclavizáis no solo a los animales sino a vuestros propios semejantes y que sois ¡pobres hombres! lo que ni animal, ni cosa, parece que lo sea en toda la creación: vanos, soberbios, sórdidos, egoístas, rencorosos, crueles?...

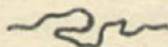


No neguemos nada, pero no afirmemos

nada.

Estamos dentro de un círculo cerrado: este círculo es nuestra vida, no la vida, sino solamente la vida de cada uno.

Y dentro de este círculo, que no es tan estrecho, pensemos, sintamos... Es bello, ¡y es más que suficiente!



Ante el río de la vida

TENGO cincuenta y cinco años, estoy saludable y relativamente fresco y juvenil. He vivido intensamente y amo todavía a las mujeres y disfruto sentado a la mesa y estoy mentalmente en todo mi apogeo.... Y, aunque he vivido mucho, la vida me parece corta: me parece así como el paso del bado de un pequeño río.... Experimento como si todavía estuviese en la orilla, dispuesto a pasar el bado—y esto es el nacer—y como sí, a la vez, ya tocase la otra orilla, que es el morir... ¡Tan cerca veo la opuesta orilla!....

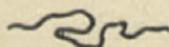
Y, si esto lo razono serenamente, encuentro el río de la vida más pequeño y el bado más corto y breve de pasar... ¡No es muy grande el río, del cual, desde una orilla vemos la orilla opuesta!

Y así, desde mi salud y frescura, contemplo melancólico la cercana y triste orilla de la muerte.

Si esto es para mi la vida, ¿qué será para los que arrastró la correntada y, desde la orilla del nacer, fueron llevados, en un momento, a la orilla del morir?

Pero, si es cierto que de este bado del río de la vida el paso es para algunos placentero y fugaz, lo es también que, para otros este pasar es penoso y perdurable. Para éstos se halla la opuesta orilla tan visible o más visible que para los otros, lo que es causa de su tormento, por el ansia de arribo y de descanso...

Y ocurre, a la vez, que los que no miran la otra orilla, son los que se encuentran cerca de ella ¡cuando menos lo pensaban!....



¿Qué es lo que muere?

¿Qué es lo que vive?

¿MUERE el genio creador? (el artista, el sabio)?

Es indudable que desaparece del mundo de los vivos.

Y su obra, sin embargo, perdura: vive.

¿Negaremos la vitalidad, a través de los siglos, del pensamiento luminoso del genio y de la sensación exquisita del artista?

Muere todo en la vida, menos un algo inmaterial que persiste.

No obstante, parece que la vida está en aquello que menos vida tiene.

Y la verdadera vida está en lo que se desprende de la vida, como en un pomo de vidrio tendremos persistente la esencia perfumada de unas flores que ha mucho tiempo murieron...

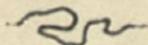
¿Murió también el genio creador de la maravillosa obra del Universo? ¿Explica esto el que no lo podamos ver ni encontrar sino en su obra?

¡Y así es como nos es dado vivir la vida del sabio y del artista: en la obra!

¿Será nuestra obra la única y verdadera vida?

¿Deberemos, entonces, medir nuestra vida por nuestras obras, y nuestras obras por lo que tengan de transcendentales, de permanentes, de vitales?

¡Y entonces el morir no será morir, si morimos haciendo obra viva de continuación para que viva más y siempre — si es posible — nuestra vida!



Vencerse es vencer

LA aspiración humana ha venido siendo en todo la de “vencer”.

Y el verdadero triunfo no ha sido alcanzado.

Porque el triunfo y la victoria no están en “vencer” sino en “vencerse”.

Si nos vencemos en nuestra excesiva codicia, pronto seremos ricos.

Si vencemos nuestro amor, nuestro amor saldrá victorioso.

El enemigo está en nosotros; el que manda está en nosotros....

Para no ser víctimas y para liberarnos,

hemos de vencer en nosotros y mandar nosotros en nosotros.

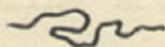
Si vencemos nuestras iras saldrá vencido nuestro ribal.

En este impulso que sentimos de acometividad, de acción, de competencia, de lucha, buscamos en el mundo el campo de batalla y la dificultad que se opone y el enemigo que nos combate.... y trillamos el mundo con nuestros errados pasos trazando sendas hácia la altura siempre inaccesible..

Y es porque estamos equivocados: no hay nada que vencer en el mundo.

Están dentro de nosotros mismos los obstáculos y el adversario y los rectos caminos que llevarán nuestros pasos a la más alta cúspide y a la más verdadera eminencia.

No en el mundo, sino en nosotros, hay que librar la formidable lucha y venceremos hasta lo imposible si al fin nos podemos dar por vencidos.



Todo perfectamente

TAN absurdo es que “todo es nada” como que “nada es todo”

Y puestos a decidirnos por uno de estos dos absurdos, optamos por el más agradable.

Desde hoy creeremos que “nada es todo”: es decir, que “todo es todo”.

Ya en la consoladora creencia, no nos haremos más la desesperada pregunta “¿para qué?” y...

Haremos versos para nuestra gloria y para el brillo de nuestro nombre.

Reconoceremos la virtud de las guerras heroicas.

Estaremos convencidos de lo necesario que

es, para el equilibrio social, el rico y el pobre, el fuerte y el débil, el amo y el criado.

Nos maravillaremos ante los progresos humanos y humanas conquistas, y procuraremos desechar la obsesión que nos producen, de monos de circo vestidos grotescamente, los hombres y las mujeres.



Amor libre

UNA mujer intelectual, de un criterio fuerte y libérrimo, es natural que proteste del amor legalizado, de la condición de esposa esclavizada...

El amor libre en su concepción más noble será el ideal de esta mujer...

Esta mujer teme la tiranía conyugal, el sometimiento a un hombre, inferior tal vez, la vida desarmónica y sin gusto con un espíritu, discorde quizás...

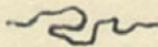
Pero el ideal de amor libre, de unión libre, de aproximación por puro afecto, sin más sometimiento que el dulce rendimiento de amor ¿es posible?

Teme esta mujer el encadenamiento absurdo aprobado por la opinión pública, y teme ante el acto libre, que es su inclinación, de la opinión pública el juicio absurdo.

Y nosotros decimos a esta mujer:

No tienes nada más que una vida y que una juventud, que son tuyas y que, por encima de todo, tienes derecho a defenderlas.

Trata de ser independiente; no esperes que las leyes te rediman; redímete tú misma con tu esfuerzo individual; ajusta tus actos a tu criterio y a tu inclinación, y ten el orgullo de los actos libres, que es el más noble orgullo.



Todo bagatela

POR una bagatela, por una simple bagatela, a veces nos enfurecemos, llegamos a la violencia y nos despeñamos en un abismo... Luego, si es tiempo de arrepentirnos, pensamos en lo absurdo, en la necesidad, en lo estúpido de la cosa.... ¡Por una bagatela!

Si por una bagatela todo lo mandamos al diablo ¿qué guardamos para los casos de verdadera gravedad en que un fatalismo negro nos arrastra, como un huracán terrible, a toda violencia?

No es la bagatela ni es el fatalismo negro de un momento grave: se trata sencillamen-

te de nuestros pobres nervios y, según nos pilla, lo echamos todo a barato, igualmente por una cosa grande que por una futilidad.

Convencidos de que es así ¿no podríamos dominar nuestros impulsos bárbaros y tomar las bagatelas como lo que son, y todo en la vida también, como lo que es, como una simple bagatela?



Suma ciencia

LA vida, absurda y contradictoria e incomprensible, es como es y nada más, y así hay que tomarla y así hay que vivirla. Será lo más acertado hacer por adaptarse a ella y vivir lo más cómodamente y agradablemente posible.

En este sentido, será digno del empeño y tesón humano todo lo que sea ciencia práctica útil y recreativa. Y el hombre, tendrá máquinas potentes e ingeniosas y hará prodigios industriales y realizará curas mara-

villosas en el cuerpo humano y penetrará en la noche de los cielos y navegará por el fondo de los mares y volará por encima de las nubes...

¿Pero, en el sentido metafísico o teológico, qué saca el hombre, pese a todas sus ansias y cavilaciones?

Quitemos lo que tiene de recreativo en su forma literaria la metafísica, y no queda nada: divagaciones, suposiciones, aspiraciones....

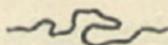
Nunca sabremos nada de nuestro origen, ni de nuestro fin.... ¡y peor si supiéramos!

Son candorosas las religiones que ponen su finalidad en ultratumba.... únicamente son prácticas, acaso, las falsas religiones que, a sabiendas, mienten y prometen la vida futura con paraísos y liberaciones.

Pero las religiones útiles a la Humanidad verdaderamente, serán las racionales y positivas, sin miras en ultratumba, sino en la vida terrena, consagrando el bien y la bondad y el sentimiento como virtudes prácticas y convenientes, si bien con la reserva

de que sabemos que no son virtudes indiscutibles ni la bondad, ni la rectitud, ni la justicia, ni nada.

Suma ciencia será la de saber vivir y ayudar a bien vivir.



El divino ardor

CUANDO tenemos buen apetito parece que toda comida es poca. Después, si no hemos sido sobrios, sentiremos empacho, repugnancia quizás, y no querremos ver la comida.

En el amor, si hacemos excesos, nos sucederá igual.

Y, aún sin hacer excesos, declina la efusión amorosa como declina la ilusión de comer, por el deseo satisfecho.

Y quien dice en comer y en amar, dice en arte y en ciencia y en ambición política

y en ansias de fortuna...

Declinará nuestra pasión, sea la que sea, por hartazgo, o por deseo satisfecho sensatamente, o, sencillamente, sin satisfacer nuestra pasión, porque desmayemos o porque nos enfríemos.

Pasamos así, en casi todas las cosas, por un estado de ardorosidad y otro de enfriamiento.

En el estado de enfriamiento solemos decirnos: "Tanta locura y... ¡para qué!"

Esto lo sabemos todos perfectamente y, sin embargo, nuestra disposición al apasionarnos por una cosa, es la de lanzarnos en desenfrenada carrera, como si nuestra ilusión y nuestra ardorosidad hubieran de ser permanentes.

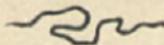
Puesto que ya sabemos lo que ha de suceder, deberíamos, al principio y no a la postre de nuestros apasionamientos, preguntarnos razonablemente ese "¡para qué!". Y no para detenernos temerosos y pesimistas, sino para irnos conteniendo y reservando, con prudencia, repartiendo nuestra ardorosidad para que fuese permanente.

¿Que más ventura que persistir en aquella buena disposición para la mesa, en aquella ilusión amorosa, en aquella pasión artística, en aquel entusiasmo científico, en aquella impetuosidad de empresa, en aquella exaltación política?



Ardor divino, consúmeme a fuego lento...
¿Para qué? ¡Para que me consumas!

No quiero que te vayas en una gran llamarada, fuego de mi vida... ¡déjame hasta la muerte tu reconcentrado rescoldo en mi sangre y en mi espíritu!



Del mundode los sueños

DORMÍA y, soñando, he tenido ideas maravillosas. Y yo soñaba que soñaba y trataba de retener aquellas ideas para conservarlas cuando despertase, como nos suele suceder cuando soñamos con tesoros y piedras preciosas....

Pero me he despertado y, aunque he retenido las ideas, tengo de ellas la sensación del tesoro soñado, de las piedras preciosas poseídas solo en sueños... Una sensación va-

ga, irreal...

Las ideas maravillosas de mi sueño eran éstas:

En la vida todo es emoción y belleza y misterio, y todo es efecto y causa, y todo es determinado y preconcebido, y todo es matemático, y todo obedece a una ley esencialmente matemática...

La nave exploradora del Mar del misterio, es la Ciencia; pero el mar es infinito... Y sucede que esta nave, al fin y al cabo, es una navecilla en el mar... y que esta ansiedad nuestra, esta ansiedad de mis sueños, es tan grande como el Mar del misterio...

Y es que esta ansiedad de mis sueños; esta ansiedad que es, acaso, lo que llamamos alma, es, posiblemente, hermana o hija del misterioso e infinito mar...

La navecilla gloriosa de la ciencia explora y descubre caminos... pero quizás nuestra ansiedad misteriosa, nuestra alma, sea la única nave que pueda cruzar la extensión inmensa y descubrir la orilla opuesta del

Mar del misterio...



Y en mi sueño, estas ideas yo las discutiría con dos hombres que ya han muerto: con Inocencio Medina Vera, pintor, y con José Piñero, pensador, y ambos hermanos míos de sentimiento y de pensamiento; y lo notable es que me ha quedado la sensación de que ellos han retornado por el Mar del misterio y han estado conmigo en este mundo de los vivos, o de que yo, en la nave de mi ansiedad, he cruzado el Mar del misterio y he estado en el mundo de los muertos...



Medio dormidos en nuestro lecho, pensamos cosas y hacemos proyectos que, al despertar del todo, nos parecen cosas absurdas y proyectos irrealizables.

A los muertos y a los ausentes los soñamos más vivos y más presentes que antes

lo fueron.

Es frecuente, en sueños, tratar con personas que son, pero que no son quienes son.

He ido en sueños acompañado por dos personas que eran la misma persona.

Soñar que volamos es frecuentísimo, como lo es soñar que no podemos correr ni movernos, aunque estemos libres, inmovilizados por un pavor que nos ata.

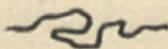
Soñando he compuesto versos y, algunos soñados como bellos, recordándolos, al despertar, me han parecido tonterías.

Aceptamos en sueños, como razonables, algunas cosas que, al despertar, nos parecen disparates enormes.

La lógica de los sueños no es la lógica de la vida real.

¿O será que el trabajo mental y espiritual desprendido de lo que llamamos realidad, no tiene lógica?

¿Es acaso la realidad una tiranía y es, acaso, la lógica, la cadena con que nos ata la realidad?



Felicidad

CASI no deseamos nada.. Tenemos nuestra casa, nuestras comodidades y cosas para nuestro recreo... Tenemos una habitación espaciosa y confortable con algunos buenos cuadros y con algunos buenos libros.... Tenemos un jardín silencioso y umbrío con un rumoroso surtidor... tenemos flores, tenemos palomas... No echamos de menos nada en nuestra mesa, tenemos buen fuego en el invierno y la frescura y el deleite de un baño oriental en el verano.. No nos falta nada... hemos criado a nuestros hijos, tenemos el encanto de una precio-

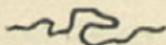
sa nieta, no nos preocupa el porvenir....
Creemos que somos injustos al quejarnos alguna vez de la vida: no hemos pasado por grandes penalidades y desgracias, salvo lo natural que ocurre a todo el mundo, y en cambio nos ha sonreído un tanto la suerte: la fortuna, el amor, la gloria..

Qué podemos echar de menos? ¿De qué nos podemos lamentar? No nos han faltado ni ciertas delicadas tristezas que han afinado nuestra sensibilidad y que han poetizado nuestra vida...

Y sin embargo no somos felices. ¿Por qué? Por eso: porque ya casi no deseamos nada.. porque ya no sabemos, para ser felices, en qué sueño irrealizable, ni en qué imposible, pondríamos la cifra de la suspirada y nunca conseguida felicidad.

Somos felices.

Es decir: debemos considerarnos felices, porque hemos apurado hasta la última gota de felicidad... Apurado hasta la última gota... Eso es lo triste.



La moral y las leyes

SE predica moral y se dictan leyes como si no hubiese cosa más sencilla que decir "Quiero ser bueno" y serlo.



Y no son libros de leyes los que hacen falta, sino libros de santa conmiseración que consuelen a los que ya tienen la pena de no ser buenos, ayudándoles a subir la empinada y escabrosa cuesta de los justos.



Tanta cultura, tanta idealidad, y no hay

todavía leyes que tiendan, no al castigo, sino a la amorosa tolerancia y a la persuasión educadora.



Y mucho menos hay, como debía de haber, leyes contra los rigurosos en moralizar y juzgar.

¿Son justos los que dictan las leyes?

Según el criterio general en uso, los malos no deberían dictarlas, y no sabrían dictarlas los buenos inmaculados. Sabios serían en dictar leyes los hombres buenos que hubiesen sido malos.

Como los buenos no han de temer de leyes ni de nada, lo más justo sería que, puesto que las leyes atañen solamente a los malos y solamente contra ellos van, que ellos se las hiciesen, sancionasen y aplicasen.

Los que hacen y ejecutan leyes actualmente, no parecen hombres justos sino ribales competidores de otros hombres a quienes tratan de enfrenar porque les temen.

Los que más temen son los que más leyes

hacen. Son las leyes sus armas terribles. Porque pueden herir con ellas impunemente con brazo ageno y auxiliados por muchos.

Lo más cobarde de las leyes es que el pobre delincuente queda solo a merced del furor de la justicia de los justos.

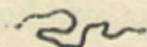
Entre los hombres, dígase lo que se quiera hipócritamente, no hay nada tan temido como la ley.

La sociedad, en resumen, está dividida en dos clases de gente: ¡nada de buenos y malos! sino así:

Débiles que temen de los hombres, la Justicia.

Y fuertes que hacen leyes para ampararse en ellas, porque temen la justicia de los hombres!

Se hacen algunas leyes de amparo a los débiles, pero como si no... ¡porque no hay ley ninguna que los ampare!



El mal

ESTAMOS conformes: “la inteligencia es el mal” (1) Aquellos labriegos sencillos de la cofradía del Rosario, y otros como ellos, en su limitación, en su ignorancia, son felices.

¿Y entonces por qué vamos contra la ignorancia? ¿Por qué abogamos por la inteligencia?

La inteligencia es el mal. Para los que no piensan, todo es lógico: la riqueza y la pobreza, la tiranía y la servidumbre, la desgracia y la fortuna...

Y estas gentes que no piensan son las que tienen fé: la fé, que suponemos que es eso: no pensar, no inquirir, no dudar.... Y co-

(1) Azorín “La voluntad”

mo tienen fé, aceptan las más absurdas afirmaciones: el purgatorio, la gloria, el infierno...

¿Pero los que una vez hemos pensado, cómo nos curaremos de este mal de la inteligencia?

¿Cómo alcanzaremos la salud de la fé?

¿Depende de nosotros el pensar o no pensar?

¿No haremos un bien a las gentes sencillas fomentando su ignorancia?

¿El aceptar resignados como cosa natural su condición triste y el esperar confiados en el premio a su humildad, en la otra vida, no es ya un bien?

Sí, la inteligencia es el mal: porque destruye consoladores absurdos (gloria, querubines y santos y venturas celestiales) sin crear ni descubrir nada positivo y confortador para el espíritu.

La ignorancia lo acepta todo, que es lo mismo que comprenderlo todo.

En cambio, cuanta más inteligencia lo hallamos todo más incomprensible.



La química de la moral

TODO en la vida, por soberana ley de naturaleza, es inalterable en su esencia, ilógico e incomprensible.

La filosofía sirve para que veamos serenamente las cosas en su cruda realidad, sin desfigurarlas o suavizarlas con falsos prejuicios.

Descubriremos las materias y los fenómenos, pero no el Origen Creador:

La filosofía es una Química Moral limitada.

No creo que la filosofía haya de llegar a descubrirnos nada del hermético **por qué** de

la vida y de las cosas.

Posiblemente no existe **porqué** ni el Augusto Misterio que tanto nos intriga.

Parece que, razonablemente, las cosas han de ser ciegamente como son.

Y el fin de la filosofía, si alguno tiene, no puede ser otro que el de hacernos caer de nuestro burro convenciéndonos de que, sin más hondas inútiles metafísicas, debemos tomar las cosas como son en verdad naturalmente.

La pureza de la obra filosófica se desvirtúa con los falsos conceptos del bien y del mal, de lo bello y lo feo, de lo grande y lo pequeño, de lo saludable y malsano, que son muy superficiales humanos convencionalismos sociales.

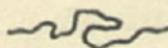
¿Me negaréis que el bien, para un ladrón asesino, puede ser el feliz momento de perpetrar con suerte aquel robo y asesinato?

La moral entre malhechores consiste en repartir equitativamente lo robado y en salvar a sus cómplices ocultando la verdad a la justicia.

La belleza para muchas gentes consiste en

cosas que nosotros calificamos de feas y de mal gusto.

Y así, sucesivamente.



¿Lo positivo? lo esencial?

lo importante?

EL artista os dirá que es el arte, la fama, la gloria....

El militar, el ascenso, los honores...

El político, el triunfo...

El avaro, el dinero...

El místico, la riqueza espiritual....

Los hombres sensuales, la voluptuosidad,
las mujeres...

Las mujeres vanas, el lujo, el trapito...

Para los comilones, la mesa...

Para los bebedores, el trago...

Para los jugadores, la suerte...

Cada aficionado a una cosa, su afición...

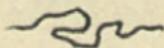
Cada apasionado, su pasión...

Y esclavos todos de algo, es para todos,

lo positivo, lo esencial, lo importante, aquello que nos arrastra y que es nuestra debilidad.

Lo que no nos interesa y no se lleva nuestra inclinación, lo juzgamos como cosa fútil, sin importancia, que no merece la pena.

Nosotros que hemos juzgado así muchas veces, reconocemos haber pecado de ligereza en nuestras apreciaciones y que en la vida, según cada persona y su caso, todo es positivo, esencial e importante.



La maga Simpatía

No existe la razón, ni la cultura, ni la bondad...

En las relaciones humanas hay solo una cuestión de temperamentos, de simpatía...

Es frecuente que nos resulte agradable un bandido y molesto un hombre honrado.

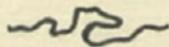
Por simpatía cambian nuestras ideas más fundamentales... La simpatía es la convicción.

De esto podemos colegir la fuerza de las convicciones: no la tienen en la razón, sino en la simpatía. Existen ya frases hechas, a propósito: "Ideas simpáticas". "Simpatizo con tales ideas".

Entonces no son las razones las que nos

han de aproximar, unos a otros, sino la simpatía...

¿Y cómo sabremos lo que es la simpatía, si no es una cosa que se razona?



La ley nueva

MAS merecedores de indulgencia que los irresponsables inconscientes, son los conscientes que, a despecho de ellos mismos, caen en responsabilidad.



Abominamos de la fría rigidez de las leyes e invocamos el sentimiento de los jueces...

Y, sin embargo, no hay juez tan rígido como el sentimiento herido...

Si los jueces personalizaran el sentimien-

to, se apasionarían e impondrían a los culpables más severas penas...

El sentimiento podrá ser bueno, pero nunca será buen consejero, ni justo.



La primera víctima en todo delito es el propio delincuente.

La defensa del delincuente, ya muy esencial en las actuales caducas leyes, ha de ser la base de una ley nueva que perseguirá como culpables también a las víctimas y a los acusadores, encaminada esta ley nueva no a los castigos irredentores, sino a descubrir las causas - madres origen de los delitos.

Muchas veces, en la mayoría de los delitos, es el culpable la verdadera víctima.



Mientras no vayamos legislando (no a favor de los intereses como siempre se hace) sino en contra de éstos y a favor de los de-

lincuentes, las leyes no serán buenas.



Se ha perseguido tan brutalmente el delito, que hace falta una ley santa que proteja el delito.



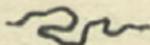
Hay una gran mayoría de personas en el mundo que pasan por honradas y decentes: pues bien, si averiguais su vida, vereis que viven sin producir nada y que consumen... ¡y que derrochan!...



El criterio de hoy sobre lo que es robo, es tan absurdo como sobre lo que es propiedad.



La justicia actual tiene sus bases no en un sentimiento generoso, sino en un severo egoísmo.



Alma sentimiento

razón - sentimiento

materia-sentimiento

Yo me vigilo...

Sentimiento, bueno o malo, tú nos mueves.

Razón? justicia? estética? ética?

No, sentimiento, y nada más que sentimiento.

El sentimiento es, al proceder y a la obra,... como el proceder y la obra son al sentimiento.

No hay verdad ni mentira, ni justo ni injusto, ni bello ni feo, ni siquiera psicología: hay sentimiento.

Nuestros actos y nuestras obras son siempre manifestación de nuestro sentimiento.

¿Influye la razón sobre el sentimiento? Lo dudamos.

¿Es susceptible de cambio o de reforma el sentimiento? Pensamos que no.

El sentimiento es lo más íntegro del propio ser... El ser no es otra cosa, posiblemente, que el sentimiento.

Observad, vigilad, seguid vuestro sentimiento, y vereis vuestro ser íntegro y plenamente.

Una persona no puede contenerse más y estalla, y exclamamos:

“¡Ese eres tú!... Te ha vendido tu sentimiento”.

La razón, la filosofía, las leyes y reglas, ¿no harían bien tomando una orientación moderna, pura y exclusivamente hacia el sentimiento?

El sentimiento es el sujeto, el sentimiento es la naturaleza inmutable, el sentimiento es

la propia vida.

El sentimiento es el movimiento de la figura, el palpar del corazón, la mirada-inteligencia, la voz-verbo! El sentimiento es el eterno "genio y figura".

Por hábiles que seamos no transformaremos la naturaleza fundamental de la planta: la cultivaremos, la afinaremos... Y tomaremos cada planta como lo que es en su naturaleza.

Podremos cultivar al hombre, pero no transformarlo, y haremos bien en tomarlo como es.

Cada hombre es como su sentimiento lo hace.... ¿y qué culpa o mérito tiene el hombre por la condición de su sentimiento?

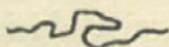
Nos atreveríamos a decir que, además, hay tantas clases de sentimiento como hombres hay en el mundo... Y, entonces, ¿dónde hay razón, justicia, estética y ética, que puedan regir a los hombres?

¿Y de dónde sacaremos la razón, la justicia, la estética y la ética, que aplicaremos a los actos y a las obras de los hombres que solemos llamar de sentimiento torpe, perverso?

so, mísero... o, más severamente, calificados como sin átomo de sentimiento?

¿No habrá una moderna orientación que nos permita, cultivándolos, sacar un producto excelente de lo que llamamos malos sentimientos?

¿No se cultivan como elementos de salud las plantas venenosas?



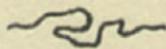
Sacerdocio

HAY dos profesiones que debieran ser sagradas: la carrera de leyes y la de medicina. Son altas profesiones la de juez, abogado y médico que deben ejercitarse solamente con un sincero desinterés y un verdadero altruismo.

Y ocurre lo contrario: tiembla el enfermo al pensar en el médico y tiembla el que ha de caer en manos de la justicia, porque si es muy problemático que encuentre la salud yendo a los médicos, y que halle amparo y vea reconocido su derecho si va a

la justicia, en cambio es infalible la ruina de su casa: todo se quedará en las uñas de aves negras y matasanos.

Cuando la organización social no sea, como lo es actualmente, un enredo de granujas y bandidos, los médicos y los jueces y los abogados, serán altas profesiones oficiales pagadas espléndidamente por el Estado para que sean desempeñadas con verdadera honradez, haciendo de ellas un sacerdocio; y estará rigurosamente prohibido ejercitarlas, como se ejercitan, haciendo un lucro vil del sufrimiento, de las agonías y de las tribulaciones de los desdichados.



Vacilación

HEMOS visto a un pobre perro, después de haber sido tratado brutalmente, lamer la mano que lo castigó...

En el perro hemos alavado siempre este rasgo de noble generosidad.

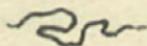
Abunda mucho en los hombres el caso de ser tratados como perros y, tristemente, el caso también de lamer la mano que los castiga con brutalidad.

¿Por qué la misma noble generosidad nos avergüenza y humilla al verla en los hombres?

Nos gustaría que el hombre, en tales oca-

siones, se volviese un tigre... y nos parece que también nosotros nos revolveríamos como tigres contra quien nos hace víctimas de su brutalidad.

Nos engañamos, sin embargo: con tales trazas de tigres, somos unos pobres perros y no sabemos si entregarnos a lo sublime de nuestra condición superior de estóicos o si cagarnos en nosotros mismos.



El ruego

¿A qué rogarle a Dios si, siendo Dios, ha de ser todo bondad y todo inteligencia y único responsable y árbitro de todo? Dios es todo, y todo es suyo, y nuestro pecado es su pecado y nuestra pena su pena.



Y si admitimos que a Dios (todo magnanimidad) hemos de rogarle, ¿cómo no habremos de rogar a los tiranos, a los inele-

mentes y a los enceguedidos?

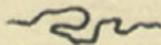


No nos abochornemos de habernos humillado alguna vez.... El sonrojo lo han de sentir los que hacen humillarse y no los que se humillan....

No nos amargue el abatimiento de haber alguna vez rogado con voz débil o con suplicantes ojos...

Porque el ruego es un arma noble que demanda caballerosidad y gentileza y gracia...

Porque el ruego es un dardo de luz y de ternura que va a los corazones....



Lo inicuo

UNA sociedad que permite que, por falta de trabajo y de organización, pasen hambre y miseria hombres sanos y dignos, precisamente por ser demasiado dignos, es una sociedad asquerosa que no merece el respeto de nada.

Los gobiernos todos debían de rodar patas arriba mientras no resolviesen los graves problemas de los desocupados, de la mendicidad, del pauperismo.

¡Queréis ser gobierno? Bien! Arriba!...
¡Pero ay de vosotros si no cumplís este programa!

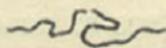
Si no cumplís este programa redentor,
¡abajo!... ¡abajo, miserables!

No habría tantos que quisieran subir si temiesen la peligrosa caída.

Mientras media nación sucumbe agobiada por los ruinosos implacables tributos, otra media gándulea y vive a costa de los presupuestos oficiales.

Mientras los hombres laboriosos imploran trabajo inútilmente, la holgazanería oficial tiene como premio a su dilatada holganza la sopa boba de las jubilaciones.

No concebimos el absurdo (en una sociedad que habla de cultura, de sentimentalismo, de arte, de Dios y de leyes justas) de que un hombre pase necesidad y vea la miseria en su hogar padeciendo hambre sus hijitos, mientras hay amos del trigo y de la carne y de las legumbres y de todo, con la llave en el bolsillo para que suban los precios.



Siendo poder

los trogloditas

Ingresa en la Real Academia de la Lengua un Calinez y es candidato a ingresar en la cárcel Miguel de Unamuno.

LA fuerza del derecho no está en la razón, sino en la fuerza.

Todo derecho que se ejerce, es un derecho indiscutible.



Los hombres que roban, los hombres que

asesinan, los hombres de cerrado criterio y de pasiones miserables, gobiernan un pueblo a palos como rebaño de carneros, y meten en la cárcel a los hombres-astros.



Se establece la inmunidad parlamentaria y no la inmunidad para la inteligencia. Un diputado o un senador o un ministro, por idiotas que sean, pueden decir lo que se les antoje y vociferarlo, en plena vocina mundial, a los cuatro vientos: en las Cámaras. Pero un pensador no puede decir lo que piensa, así sea su **pensamiento-rayo** luz en la tormentosa noche o su **pensamiento-estrella** luz en los divinos cielos de la belleza o del saber humano...

¿De dónde es más diputado, más sufragado, más representativo de una colectividad, el parlamentario cunero — carnero de una mayoría — que el intelectual que día a día, en una positiva labor de ideas, auna y guía y alza su acento, representativo de una gran parte de la opinión pública?

¿Hubieran sido menos electos, aunque los hubieran derrotado en elecciones, hombres como un Pi y Margall, como un Salmerón, como un Castelar?



Si la republicana Valencia se amotina porque se echa a la calle una procesión de curas y de pendones, ¿qué va a hacer cuando se atenta de tal modo, por esos curas con sus pendones, contra la libertad del pensamiento, que se condena a presidio a los Miguel de Unamuno?



Si por un atentado de lesa majestad se condena a presidio a un Unamuno, ¿qué habrá que hacer con la majestad y con cuanto representa y la representa, por su brutal atentado de lesa espiritualidad?



Desde que van a presidio los Unamuno

debe ser una honra ser presidiario.



Unamuno piensa y siente universalmente. Los hombres como Unamuno son de todas partes, benefician la mentalidad humana de todo el mundo, remueven y redimen el pensamiento de todos los hombres... y la Humanidad pensadora de toda la Tierra los considera como cosa suya, se identifica con ellos y los ama fraternalmente....

¿Por qué, entonces, un pueblo, aquel donde han nacido, una mezquina parte del mundo, quizás el país en donde menos se aprecia y recompensa el mérito de aquellos hombres, por la razón absurda de llamarse su patria, esa patria ha de ejercer sobre ellos un derecho tiránico, atentando contra su libertad de pensamiento y hasta encarcelándolos y quitándoles la vida?

Los grandes políticos que en un sentido internacional manifiestan defender las libertades humanas, no olviden que la sagrada libertad del individuo es la verdadera li-

bertad del hombre y que en los grandes pueblos libres hay muchos hombres crueles e idiotas que, invocando los sagrados intereses de la patria, sostienen los viejos y desprestigiados sistemas de opresión y tiranía.



Convenimos, con “La Nación”, de Buenos Aires, en que los mandatos de las legislaciones todas están reñidos con el pensar y sentir generales del día y en que son más modernas las “inquietudes superiores” de Unamuno que los apellidados códigos a que se sujetan los jueces...

Pero si los jueces no fuesen clericales y ruines, no aplicarían códigos que están en pugna con un recto sentimiento de justicia y con una clara mentalidad. No harían falta los jueces para aplicar los artículos penales al pie de la letra. La misión de los jueces es la de interpretación y aplicación de las leyes en su más saludable y alto sen-

tido moral. Sobre la letra caduca o muerta de los decrépitos códigos ha de estar el criterio luminoso y el sentimiento juvenil y sano y vivo de los buenos jueces.



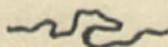
Tres versiones de última hora corren por aquí:

Que, con motivo de su condena a presidio, se le dará a Unamuno, en Madrid, un banquete monstruo.

Que el Rey ha firmado el indulto de Unamuno, antes de que se pronuncie la condena contra el escritor.

Que en la próxima combinación ministerial de un futuro y próximo gobierno avanzado, a Unamuno se le nombrará ministro.

Ibamos a cablegrafiar a Unamuno, pero... ¿nuestra enhorabuena por su gloriosa jerarquía de presidiario-cristo? o ¿nuestra deploración por el inri denigrante de ministro de un régimen de fariseos?



El triste más

LA felicidad, el goce máximo, consiste en bien poco: un plato de comida, un vaso de agua, un momento de reposo, un verso, un cuadro, unas notas musicales, una mirada, una sonrisa, un beso...

Amenudo alcanzaremos la felicidad si nos persuadimos de que consiste en ese bien poco.

Somos desdichados y negamos que la felicidad exista, por el absurdo anhelo de **más**. "¡Más! ¡más!" — pide insensatamente nuestro anhelo. ¿Pero más qué?

Y la felicidad no está en el **más**, sino en el menos y en comprender que es una cosa sencilla al alcance de todos y que viene y se va y vuelve como las demás cosas corrientes y posibles.

La felicidad irrealizable, de que tanto hablan los desesperanzados o mal esperanzados, no es felicidad: es desdicha de los que ponen la felicidad en lo imposible.

No cabe el **más** en el placer del plato de comida, en el beso de amor, en un goce estático, en el reposo y la serenidad...

Pediréis riquezas, poderío, renombre: ¿Para qué? No comeréis más, no amaréis más, no seréis más delicados de mentalidad o de sentimiento, no disfrutaréis de más tranquilidad y reposo....

La vanidad, la fama, la gloria, se confunden en un mismo anhelo de notoriedad y de renombre. Cuando este anhelo es satisfecho en un círculo pequeño, seríamos felices ni nos diéramos por conformes; pero en seguida aspiramos a más y ya no disfrutamos la satisfacción alcanzada, sino que padecemos por la que pretendemos alcanzar,

y, así, de la notoriedad de un pueblo, queremos pasar a la de una provincia, a la de una nación, a la del mundo entero.... Y, conseguida tan grande notoriedad, enfermamos del absurdo anhelo de **más**, pediremos **más**.... Más qué? Más notoriedad? ¿Notoriedad en el sistema planetario, en la nebulosa correspondiente, en el universo entero? Entero decimos? No, porque lo entero ya tiene limitación.... Queremos **más**... ; Queremos notoriedad infinita en el universo infinito!

¿Serían felices? Alcanzarían el triste **más**:

Un rey que fuese rey del mundo entero;

Un rico que fuese dueño de todo el oro del mundo;

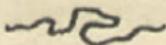
Un poeta cuyos versos recitaran todos los humanos en todos los idiomas;

Una mujer cuya belleza y elegancia envidiasen todas las mujeres del mundo?



Platito de comida, vaso de agua límpida,

momento de reposo, verso mío, sonrisa suya... ¡vosotros soy la felicidad y yo os tengo a cada momento!



La conciencia

CUANDO mi conciencia me acusa porque burlo las leyes, me acusa por el riesgo a que me expongo: por lo imprudente o torpe que soy con peligro de mí mismo.

Pero si puedo burlarme de las leyes sin riesgo alguno, mi conciencia no me acusa de nada.

Y es que, la mayoría de las veces, los gritos de la conciencia no son de remordimiento, sino de temor y de susto...

¿Cómo tendremos conciencia, cómo seremos justos, ateniéndonos a leyes y razona-

mientos, si no hay nada más vulnerable que toda ley o filosofía moral de los hombres?

¿Y el sentimiento, la pena que nos conmueve al ver sufrir, al ver llorar, al oír su plicar, es de conciencia?

Seguramente que una inclinación sentimental desvía de su rectitud a la justicia serena...

Seguramente también que una serena justicia desvía de los nobles impulsos a la generosa inclinación sentimental....

¿Y tendremos por norma de conciencia lo que dicten la razón o el sentimiento, o lo que dicten las exigencias y conveniencias de la vida?

¡Así estamos!

¿Y, entonces, cómo hacemos a los demás, y tan amenudo, la exigente demanda de que tengan conciencia, si nosotros mismos no la tenemos ni sabemos en verdad lo que es en el mundo esa cosa tan cacareada?

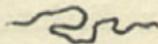
Conciencia de la razón...

Conciencia del sentimiento...

Ley de naturaleza...

Ley de los hombres...

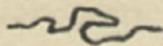
¡Dios mío, tramoyista de la vida, amásame todo esto y dame una conciencia para vivir en paz conmigo y con los hombres!



Sin orden ni concierto

LENEMOS sin orden ni concierto un cajón con botellas distintas, cajas de lata, paquetes diferentes, objetos menudos y cuanto queramos. Haremos un viaje más o menos largo con el cajón y, al final de la jornada, todas las cosas que van en el cajón se habrán acomodado y “entendido” dejándose lugar unas a otras y ocupando los más apropiados puestos. Habrá cosas en el cajón que se habrán sacrificado en bien del acomodo de las demás cosas, y las veréis aplastadas gloriosamente.

No así los hombres y en este mundo, que es una especie de cajón en el que vamos no sabemos a dónde: cuanto más se prolonga la jornada, más patas arriba y más trastornado marcha todo dentro de este dichoso cajón.



Buscando á Dios

SON las ideas una cosa humana; son un juicio particular sin ningún valor, puesto que no tienen tipo de comparación con otros valores mentales que no sean humanos.

Desde su exclusivo punto de vista, enjuicia el pensamiento humano respecto a las cosas; ¿pero qué sabemos del criterio de otros seres, acaso del criterio de las plantas?

Y cómo negaremos un Criterio Universal de coordinación del Todo?

¿Y cómo pretendemos los hombres pene-

trar con la débil vista de nuestro pensamiento en la luz cegadora del Criterio Único que todo lo rige y que todo lo explica?

Todo lo explica, sí. Somos nosotros los que no podemos penetrarlo. Todo lo explica ese Criterio Único con la razón eminente de que son "porque son" las cosas.

El hombre eleva su mirada y su pensamiento al firmamento estrellado y se asombra entreviendo la maravilla...

¿Pero, hombre, en dónde no está la maravilla?

La mariposa, el pez, el insecto luminoso que vuela en la noche canicular como un astro... ¿No son las flores, estrellas, y selvas impenetrables el liquen de las rocas, y oceanos inexplorados las gotas de rocío, y universos nuevos, que nacen quizás a cada momento, todas las miradas de los enamorados, de los inspirados, de los elevados?

¿No se os han figurado esas miradas otros tantos espacios celestes infinitos?

¿No os habéis asomado a ellas como a las únicas luminosas ventanas del misterio, ce-

gador de tan vivo y de tan resplandeciente?

¿Qué será lo más vital: lo que vive y muere o lo inanimado o eternamente vivo?



¿Los astros, los espacios, el universo (que son los nidos de las cosas animadas) viven? están animados también? crecen? se multiplican?

Por mezquina que sea una concepción de la vida y del Universo, siempre resulta el infinito, y en el infinito cabe todo. ¡Pero Dios no cabe en el infinito!

Dentro de lo infinito cabe lo inmortal, pero no lo increado y permanente desde antes de ser.

Y eso debe de ser Dios... ¡porque dentro de Dios ha de haber hasta lo infinito!



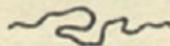
Brillan los campos al beso primaveral de los cielos... la naturaleza ríe... mi cuerpo

está sano... mi alma está serena... el triste dolor ahoga su angustioso grito para no molestarme... ¡Soy un hombre feliz!

Pero tengo una contrariedad: quiero darte las gracias, a Tí que todo me lo propicias, y no te veo, no te encuentro, no te siento.... ¡¿En dónde, que pueda creer en tí, de verdad, buscarte, Dios mío?!



¿Dónde estás, Mano Sabia, Mano Cruel, Torpe Mano, Ciega Mano, Generosa Mano, Sórdida Mano, que todo lo das y todo lo quitas, que todo lo iluminas... que, de tanto iluminar, todo lo enceguezes?



La santa irresponsabilidad

INJUSTAMENTE, irreflexivamente, hemos calificado con frecuencia a muchas personas de ignorantes, de perversas, de insensibles, de necias, de idiotas, de haraganas, de torpes, de indolentes, de vanas, de estúpidas, de hipócritas, de rastreras, de pusilánimes, de tiránicas, de crueles, de serviles, de cobardes, de sórdidas, de ladronas, de criminales, de ridículas, de prostituídas, de relajadas, de canallas, de bestias.... ¡Perdón, perdón! Hemos sido irreflexivos e injustos. Las personas no son ni buenas ni

malas: las personas son como Dios las ha hecho, como Dios ha querido que sean.

Los malos, los imperfectos, los equivocados, son absolutamente irresponsables. ¿Qué culpa tienen ellos de ser como son? Ellos no saben, ni comprenden, ni piensan siquiera, que son defectuosos. Al contrario: sufren y se irritan por el rigor de los demás en calificarlos. Ellos son tan íntegros en su naturaleza, como lo sean los otros en la suya.

Los malos, los imperfectos, los equivocados, no lo serían si no hubiesen buenos, perfectos y acertados. Ellos no se darían cuenta de su fealdad si no les pusiesen delante esos irritantes espejos. “¡Mírate en ese espejo!” — ya decimos a los pobres defectuosos, desde que son bien niños.

Los niños y los enajenados son inconscientes y, por lo tanto, irresponsables, y, por lo tanto, en su propia naturaleza, puros y perfectos.

Y los malos, los imperfectos, los equivocados, son inconscientes movidos por su propia naturaleza, y, por lo tanto, tan pu-

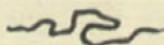
ros y perfectos, como los buenos, perfectos y acertados, que no lo son también sino movidos por su propia naturaleza y tan inconscientes e irresponsables como los demás.

Tenemos la petulancia de la consciencia unos y otros... pero el defecto y la perversidad, si existiesen, estarían precisamente en la consciencia, en el raciocinio...

Lo mismo en los buenos que en los malos, el raciocinio es la maldad...

Todos creemos que somos conscientes, que razonamos, como lo creen los locos y los niños... pero en lo que parezca en nosotros más consciente, no somos más que sujetos que accionan y piensan movidos por su naturaleza...

¡Oh inconsciencia, oh irresponsabilidad, oh pureza divina de todos los seres y las cosas!



La Suprema

Irresponsabilidad

VIDA inmaculada, ¿cómo recogerte y ofrecerte así, tal y cómo eres, sin que los hombres me ladren?



Y ¡pobrecitos hombres! qué culpa tienen ellos si ladran?



Son perros... Los hay que dormitan —

perros sabios—; pero cuando la jauría sañuda y necia se pone a ladrar, estos perros sabios se desperezan y también hacen coro ladrando tontamente...



Me rindo ante la maravilla del Universo y dudo que haya Hacedor...

El “hacedor” ha de ser más... más que la obra, y en la obra del infinito no cabe el más...



Y busco a Dios y me detengo ante la universal tortura: el insaciable anhelo, la perenne duda, el dolor físico, la pesadumbre moral...

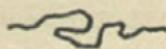
Y, entonces, agujoneado y fogoso, me lanzo en pos de El Responsable.....
“¡¿Dónde estás?!”

Y, corriendo desesperadamente en una loca pesadilla, siempre vengo a encontrar-

me en un límite cerrado y frente a mí mismo.

Y este Yo Mismo se encoje de hombros diciéndome:

“¡Yo que sé de nada! Veo lo maravilloso y lo contradictorio y lo torturante y lo incomprensible... Y, rigiéndolo todo, veo La Suprema Irresponsabilidad que, por lo inconcebible y omnímoda, debe ser el Dios mismo”.



Tinieblas en la luz

TODA realidad tiene una medida y, por grande que la realidad sea, cabe en la capacidad del pensamiento. La realidad es eso: la medida, la tangibilidad.

Todo es real y tangible dentro del Universo; pero, en cambio, el Universo es ilimitado y no es tangible ni real: no nos cabe en la cabeza.

No obstante no podemos concebir a Dios sin imaginarlo abarcando y limitando el Universo.

Y nos preguntamos atónitos:

¿Si el Universo es lo infinito, qué ha de ser Dios, debiendo ser más todavía que lo infinito?



Y Dios...

¿Cómo puedes tú ser Dios, sin ser infinitamente bueno, sabio, poderoso y principio y fin de todas las cosas?

Y si eres infinito, Dios mío, ser no puedes una realidad... Toda realidad es limitada.



Pero tengamos presente que, lo que venimos llamando realidad, es una de tantas cosas imaginarias y convencionales establecidas por el hombre.

Realidad es la forma de concepción limitada que aplica nuestra limitada mentalidad a las cosas. ¿Pero qué sabemos de lo infinito en el oceano de una gota de agua, y de lo infinito en la eternidad de un mi-

nuto, a pesar de que, para nosotros, gota de agua y minuto son limitados?

La verdadera realidad, sin duda, no es la que raquíticamente moldea nuestra imaginación, sino algo que no cabe en nuestra pobre capacidad.

La verdadera realidad es tan inabarcable como el origen y finalidad de la existencia.

¡Y es en esa realidad inquietante, de tinieblas impenetrables por la pobre luz de nuestro pensamiento, en donde solo cabe, Dios mío!



“Amemos a Dios”,

“Vayamos a él”.

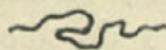
Nosotros queremos sustituir esto diciendo:

“Tratemos de ser sensatos, cultos, amables, bondadosos”.

Confesamos con toda sinceridad que no comprendemos el amor a Dios ni ¡menos! lo sentimos ni lo creemos en los demás.

Y esto no es blasfemia: el Prodigio, no de lo creado, sino de lo que Es desde su insondable origen, se empequeñece con lo de amarlo, reverenciarlo.

No amamos el Universo: vivimos en él y ante él nos quedamos estáticos y maravillados.



Lo anómalo

UN general se viste de mamarracho, y se considera victorioso ante el espejo, al admirarse arrogante, lleno de cintajos, de botones, de plumas y de colorines... Se atusa el militar mostacho, se acaricia la pera, se apoya en la empuñadura de la gloriosa espada...



Una gran señora llena de pelendengues va a confesarse todos los días con un cu-

ra buen mozo: deja el niño al cuidado de la nodriza y apenas si lo ve, otras dos niñas mayorcitas que tiene las confía a la educación de amas y sirvientas y se cuentan horrores de las procacidades de las niñas.... El marido de esta señora no sale del casino y se le pasan meses enteros sin ver a su familia.... En esta familia hay también un niño mayor que está en los jesuitas... El niño nunca viene a casa: dicen que el señor sabe que no es hijo suyo, aunque pase por tal.... Se murmura que durante una larga temporada que pasó la señora en una posesión, lo tuvo con un cochero...



No sabíamos hasta donde llegaba el poder del dinero. Conocemos un hombre que de la clase más miserable y del modo más miserable llegó a ser entre los ricos uno de tantos miserables convencidos de que el dinero lo es todo. Nosotros opinamos igual y lo hallamos lógico, dadas las inclinaciones

humanas imbéciles e idiotas.

Opiniones de este hombre, que no fué negrero porque ya había pasado la época de los esclavos, pero que fué capataz:

“Cuando un hombre se hace rico es porque a la fuerza tiene talento”.

Y partiendo de esta base y siempre que se tratara de un hombre rico:

“a la fuerza tenía razón
a la fuerza era valiente
a la fuerza era generoso
a la fuerza era justo
a la fuerza era bueno
a la fuerza sabía más que nadie...”

¡Todo a la fuerza!

Y este hombre atropellaba a todo el mundo, insultaba a todo el mundo y se montaba encima de todo el mundo.



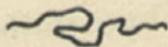
No nos extraña que un general de cartón se crea un verdadero general, ni que el furor uterino se confunda con el misticismo religioso, ni que el dinero se crea un

dios en este mundo de imbéciles...

¿Pero qué me diréis del verdadero talento que tiene rasgos de vanidad estúpida y que lo mismo que quien tiene dinero se considera rico e inaccesible?

¿Qué me diréis de las puras vírgenes que se entregan al divino esposo practicando el tenebroso culto de los infanticidios y depositando los sagrados frutos de su amor en los osarios infantiles de las casas santas?

¿Qué me diréis de los explotados, de los maltratados, de los aplastados, por todo lo que es poder, gerarquía y dinero, y que siguen sosteniendo el poder, las gerarquías y el dinero y besando y bendiciendo la mano que como a los perros les tira el mendrugo?



Los bienaventurados

...Yo siento que me falta la fé; no la tengo tampoco ni en la gloria literaria ni en el Progreso... que creo son dos solemnes estupideces...

AZORIN "La Voluntad"

Hay que preguntarlo todo, hasta tomar cuentas a Dios del por qué de las cosas. Claro que no se dignará contestarnos, pero en ese caso nos asiste el derecho de la protesta.

UNAMUNO
"ESPAÑA" No. 102

LA humanidad hace unos esfuerzos titánicos para creer en la felicidad de esta vida; pero son fugaces el placer y la felicidad y son contados los seres que los proclaman y reconocen. En cambio el dolor moral y fí-

sico lo gozan todos.

Dios pudo evitar en la vida tanto sufrimiento.

Y para aumento del dolor y de la miseria de la vida, ha creado la mentalidad, en un refinamiento cruel.

Porque la mentalidad no sirve nada más que para exacerbar el dolor y la confusión de esta vida.

De tal modo ha sido reconocido universalmente el fracaso de esta vida que casi todas las religiones la toman como tránsito a otra vida mejor con gloria, paraíso &.*

Así, que si luego resulta que no hay nada de eso, nos hemos lucido.

De todos modos no vemos la necesidad que tuvo Dios, haciendo las cosas a su realísima gana, de obligarnos a pasar por el tránsito doloroso de esta vida. Nos pudo llevar derechitos a la gloria o no acordarse de nosotros.



Lamentamos nuestra mentalidad, la in-

quietud de nuestro pensamiento...

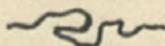
Los maestros recomiendan la lectura, la meditación, la consciencia de las cosas, el despertar de las almas... ¿Estaremos en lo cierto? El pensamiento no nos ha traído nunca ni confianza, ni paz, ni certidumbre....

¡Despertar las almas!... ¿No será mejor dejarlas dormir?

La verdad nos hará ver que nada hay verdad.

¿No es mejor la mentira, que de toda mentira y de todo hace verdad?

¡Bien aventurados los que creen en todo sin pensar en nada, los que huyen y temen de la verdad y de la duda.... porque de ellos será el reino de los Cielos!



En el caos de
la inconsciencia

EN la vida todo es ciego e inconsciente.

Los que toman la vida como es, sin inquirir nada ni preocuparse de nada, son los que están más en lo cierto.

Los que se inquietan ante la eterna incógnita y andan buscándole vueltas al misterio, son como esos nenes que se asoman detrás del espejo a ver si allí está la imagen viva, o que tratan de agarrarla en el cristal.

El inconsciente es el verdadero conscien-

te en su inconsciencia.

Y los que se creen conscientes son los que patentizan la verdadera inconsciencia, al hacer la tentativa de tocar y palpar la imagen intangible.



El raciocinio, la lógica y lo explicable, seguramente son aberraciones cerebrales.

Quizás la mentalidad humana y todas sus gloriosas manifestaciones (filosofía, ciencia y arte) no son más que un capricho y un aspecto inocente de la naturaleza de este planeta, capricho sin importancia alguna, como la forma de unas hojitas, el color de una mariposa y la vaporosidad y encanto de una nube... La petulante vanidad del hombre es una de las pocas cosas que pueden darse por efectivas y reconocidas....

Pero, posiblemente, si hay una causa creadora de la vida y del Universo, esta causa debe de ser también absolutamente inconsciente y ciega.

Y si, contra toda lógica, hay un Señor

creador y principio y fin de todas las cosas, y consciente, por añadidura, de su obra y de cuanto viene haciendo, seguramente, al ver nuestra confusión, debe reírse estúpidamente detrás de la cortina.



Ni blasfemamos ni somos impíos: o Dios no existe o, siendo principio y fin de todas las cosas, nos inspira esto que pensamos y escribimos.



Y si Dios es infinitamente bueno, también se reirá...



Por cierto que en las manifestaciones de la Creación no se ven rasgos de bondad a la manera de la bondad que nosotros entendemos...

La voracidad, la saña y la tendencia a la

superioridad estúpida, son rasgos de todos los animales y hasta de las plantas... Acaso otra tontería humana es la bondad.

Y lo gracioso es que el hombre le cuelga a Dios lo de la bondad y, bien mirado, ni el hombre es bueno ni Dios tampoco.



En un mundo extraño

UN pajarito me despierta al amanecer cantando dulcemente entre las ramas de un álamo frondoso que toca mi ventana... Es una hermosa mañana de estío que ríe alegre y cándidamente en los rosales llenos de rosas, en los claveles reventones y en las alabegas finas, en flor...

Respiro con ansia el aire fresco... El sol naciente hace resplandecer las cúpulas brillantes de la ciudad moderna.. los tre-

nes pasan ráudos... los hilos eléctricos en el espacio se cruzan y entrecruzan en todas direcciones... llega hasta mí el claro acento de un voceador de periódicos que ya nos dice lo que ayer pensaban unos hombres eminentes en una parte remotísima del mundo....

Y pienso: "la vida progresa, la humanidad se redime"....

En esto, leo en el diario matinal la evacuación de Petrogrado por los maximalistas: todo saqueado, todo arrasado... las mujeres y los niños pereciendo de hambre.. los guardias rojos fusilando en montón a los prisioneros...

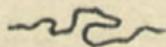
Y los gritos angustiados y desgarradores de una niña mayorcita interrumpen mi lectura. Me asomo alarmado a la ventana y veo un hombre que castiga a la niña bestialmente con un látigo... Ladran unos perros furiosamente y, de pronto, los apalean y lanzan grandes aullidos de dolor...

Me estremezco, recuerdo una página de Zola donde leemos que todos los días un padre borracho hace danzar a su hijita a

latigazos... pienso en tantas miserias, en tantas bestialidades, en lo irremediable de tantos horrores... en lo absurdo de esta existencia contradictoria bella y a la vez deplorable... pienso en esta engañosa cáscara dorada de vida de progreso y de humanidad redimida...

Y, en este instante de decepción, por un absoluto convencimiento de impotencia humana para remedio de tanto mal, me siento rebelde, disgustado, chasqueado, y digo:

“Oh, buen Dios, ¿no te habrás equivocado al traer algunos de nosotros a este mundo? Porque te digo, en verdad, que yo, por mi parte, lo que más claro experimento en la Tierra, es la sensación de despertar y hallarme sorprendido en un país extraño, ajeno a mi naturaleza y a mi modo de pensar y de sentir... ¿De dónde soy, buen Dios? ¿Por qué no me llevas a mi mundo?”



¿ Mis benefactores ?

ME disgusta la palabreja pero en este caso no va mal: a esta palabreja benefactor le encuentro no sé qué de doublé, de falsa.



Mi primer benefactor Don Mauricio Castañares, Procurador de los Tribunales en Madrid, en verdad no fué malo conmigo. Me trató como a un chico de aldea que se toma para el servicio doméstico. Don Mau-

ricio no sabía que yo era un futuro glorioso escritor, ni mucho menos. No me pegó nunca. Y nunca olvido que en su casa se comía bien y que yo tenía una buena y muy limpia cama de colchón de muelles. ¡Qué chocolate tomábamos ca Don Mauricio y qué bien que preparaba la señora la carne mechada! El chocolate se lo mandaban especialmente en cajoncitos de la fábrica de Matías Lopez. El chocolate no se tomaba entonces, en mi pueblo, nada más que en las bodas, y solían dárselo también como refrigerio a las paridas. El que le tocaba a mi madre, cuando daba a luz, nos lo repartía a mí y a mis hermanos, que la rodeábamos en la cama. ¡“Andar, golosos!” nos decía, y a cada uno una sopa y adiós chocolate! ¡Pero qué chocolate el de ca Don Mauricio!

No: Don Mauricio era un buen señor. siempre con el puro en la boca y arrastrando un poco las piernas porque, creo, padecía reuma.

Don Mauricio trabajaba con grandes

abogados: Gamazo, Montero Ríos, Pí y Margall... Debo al estar con Don Mauricio el haber hablado una vez con Don Francisco Pí y Margall. Fuí a recoger un escrito. El haber cambiado la palabra con aquel gran hombre — tan bueno como sabio — bien merece la pena de haber andado con las togas a cuestras camino de las Salesas...

Después estuve, en Madrid también, en una ferretería, calle de los Estudios esquina Juanelo. Mi principal era Don Martín Ortiz de Zárate y fué bueno conmigo. Tampoco me dió ningún capón y una vez que le hice una picardía de chico, me la perdonó generosamente.

Claro que allí sufrí la vida dura de los muchachos que van de provincias al comercio de Madrid; pero eso era lo corriente; así había comenzado también mi principal. Tampoco Don Martín sabía que tenía en su casa un futuro escritor. De la casa de Don Martín, recuerdo siempre con afecto a la señora Doña Eduvigis, a Pía la hermana de Don Martín, a las niñas Enriqueta y Carmen, y mis compañeros Nicanor Ortiz de Zá-

rate — primo de Don Martín — y a Román Eiguren, que era de Deva.

En la casa de Don Martín casi todos eran vascos y allí aprendí a contar en vasco y a cantar en vasco alguna canción con la que después he arrullado a mis hijas:

Andre Madalen, Andre Madalen
laurden erdi bat oliyo
aita jornalac irabastia
ama pagatuco diyo



A los veinticinco años, después del servicio militar, me empleé en Cartagena, con don Camilo Perez Lurbe.

Don Camilo me tomó a sabiendas de que yo era aficionado a hacer versos.

El también era aficionado a literaturas, sin dejar por eso de ser un prestigio mercantil. Y lo ha sido hasta morir en avanzada edad, presidiendo Cámaras y Sindicatos Mercantiles, mineros e industriales. Fué siempre representante de la gran Compañía

Metalúrgica de Mazarrón y fundó la "Gaceta Minera" y un Museo Comercial.

Don Camilo conocía a fondo leyes y tratados comerciales, hablaba y escribía francés y algo de inglés y alemán, era un perito mercantil práctico y totalmente preparado en contabilidad y, además, sin que nada de eso le estorbase, era muy literato y gran entusiasta de la música y de la poesía.

Don Camilo, entre sus diversos negocios, tenía una imprenta y en ella se imprimieron mi poema "El naufragio" y mi drama "El rento" y mi libro "Aires murcianos" primera serie.



Pasé después a la sombrerería de Don Atanasio Molino. Este ya era otro hombre y otra clase de comerciante.

Don Atanasio, de aprendiz de comercio saltó a principal con una acometividad muy laudable entre los que consagran todo zarpazo y osadía en tal de que sirvan para

hacer dinero. Don Atanasio juzgaba del talento de un hombre por el dinero que había hecho. Cuanto más dinero más talento.

A Don Atanasio le daba rabia que yo hiciera versos. Le hubiese gustado que yo me hubiera metido más de lleno en la cicatería y chaveo del mostrador. Tenía un sobrino en casa, el chico estaba de aprendiz. Pues un día le vendió al sobrino un sombrero malo en doce reales, y le costaba seis. Una vez fué a comprar un sacapuntas para lapiceros y, porque le salían unos céntimos más baratos, compró una gruesa de sacapuntas. Era el tipo genuino de ese comerciante que sin preparación alguna se eleva y que cuando llega a rico no reconoce más talento ni gerarquía que las mañas y el dinero.

Tengo en mi vida una prueba de mi paciencia y de mi laboriosidad — valga la vanidad — y de mi competencia como empleado de escritorio: en el gran establecimiento de sombrerería (fábrica y venta por mayor y menor, más sombreros de señora y fantasías, de Don Anatasio,) estuve do-

ce años, único empleado del escritorio, contabilidad y correspondencia y costos y cálculos de numerosas mercancías francesas, inglesas, alemanas, italianas: cintería y tules de seda de Lyon y Saint Etienne, flores y plumas de París, sombreros de Christy de Londres, letras doradas y otras chucherías de Berlín, y coronas fúnebres de porcelana, de Milano.

Por la relación que voy haciendo de mi vida y los "benefactores" que en ella han intervenido como ves, amigo lector, (pues no tuve ningún Mecenaz, sino amos) queda bien probado que no son incompatibles las finas aficiones de un escritor y poeta y sus obligaciones como humilde empleado de escritorio que tiene que ganarse, para sí y los suyos, el pan de cada día...

En el rebés de sobres usados dirigidos a la casa comercial de Atanasio Molino y en el rebés de facturas inutilizadas, de la misma casa, está escrito mi drama "La sombra del hijo", ya traducido al italiano y,

posiblemente, (¡perdón!) una de las más grandes obras del teatro contemporáneo universal... ¡Sí, señor!



De la casa de Atanasio Molino pasé de Contador al Banco de Cartagena, bondadosamente tratado por sus directores Don Joaquín Payá y Don Casimiro Muñoz. Allí fui recibido francamente como poeta-contador, y como un contador de banderilla. Y el Banco de Cartagena, a los tres años y con liberalidad, me aseguró el sueldo de un año para que viniese a América y probase fortuna.



Ya en Buenos Aires, entré en el Banco Español, también con el salvoconducto de poeta, y, prestigiado y apoyado por excelentes personas, para hacerme cargo de la gerencia de la Sucursal de Santa Fe, que se iba a establecer entonces. Y, así las co-

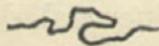
sas, y por parecerme mejor esta ciudad de Rosario, donde yo tenía buenas amistades, preferí salir del Banco Español para ocupar el puesto de cajero en la casa Remonda, Monserrat y Cía., en donde vengo trabajando trece años en el mismo puesto, sin faltar un solo día, ¡ni por enfermedad! Si no otra cosa, esta asiduidad en mis empleos demuestra compatibilidad del trabajo de números con mis aficiones de escritor y cariño a ese trabajo de números, que es con el que he mantenido mi casa.



¡Y si el trabajo de los escritorios es el pan del cuerpo, el trabajo del escritor es el pan del alma.

Mi mayor “benefactor” ha sido salud que Dios me ha dado... y que Dios me dé.

Rosario Mayo 1921



De la superioridad humana

LENTAMENTE procrea el hombre, tardía grana su virilidad y su fuerza... ¿En lo que es esencialmente la vida del Universo, qué huella deja la vida humana?

¿Tendremos la pretensión de que lo que llamamos progreso es algo para la vida universal?

Un banco de coral, una selva, una erupción volcánica, una sola vuelta de la Tierra, y el hombre mismo como especie, entre aves, peces, cuadrúpedos, insectos y repti-

les, son cosas indudablemente de más transcendencia universal que el hombre civilizado con sus ciudades, con sus inventos y con su elocuencia.



Rey de la Creación se ha llamado el hombre.

¿Por qué es el hombre Rey de la Creación?

“Por la gracia de su inteligencia”. — replica el hombre.

¿Pero qué sabemos de la inteligencia de los demás seres y plantas?

El grado de inteligencia existe en el hombre, pero de hombre a hombre y en la esfera mental del hombre.

Mas no sabemos de los demás seres y de las plantas mismas cómo piensan, qué opinan de nuestra vida, qué conceptos tienen de divinidad, de belleza, de justicia, de moral, de muerte.

¿No es, acaso, el hombre un ser lerdo e insuficiente?

La ciencia del hombre ¿no es, quizás, una tarea, penosísima y lenta, que otros séres y las plantas, ya tienen terminada?

El final glorioso de la filosofía humana ¿no es el estoicismo y la renunciación, preciosas cualidades que podemos observar como norma de vivir en casi todos los animales y en las plantas mismas?

Sabemos bien que no existe ni lo grande ni lo pequeño, ni lo feo ni lo bello, ni lo bueno ni lo malo.

Existe la comparación y la relación, y solamente circunscribiéndonos a la humana esfera mental.

Y reconocido esto, ¿qué sabemos de la moral del tigre, del estoicismo del buey, de la indomable soberbia del águila, de la candidez de la paloma, de la filosofía del asno aguantando los palos?

¿Qué huella de los hombres quedará en el mundo? ¿Sus leyes, su filosofía, su arte artificial, sus templos?

¿Y por qué, tan sabios que somos los hombres, no descubrimos la huella que dejan de leyes sociales, de filosofía, de arte,

de religiones, las abejas, las hormigas, las golondrinas y otras muchas especies que se organizan socialmente?

¿No sería curioso investigar si existe en los demás seres la petulancia, rasgo tan distintivo del hombre?



Aceptamos que, como especie, los humanos somos estupendamente maravillosos; pero no podemos negar que lo sean igualmente las alimañas y los más pobres y miserables insectos y reptiles, y los microbios mismos...

Lo mismo puede acontecer con nuestra superior inteligencia, no siendo menor la de los bichitos más insignificantes...

Y en cuanto a nuestra sensibilidad delicada ¿cuál no será la del ruiseñor, la del pez dorado, la del antílope, la de una planta de tomillo toda flor y perfume, aunque arraigada en la aridez de una roca?

Y, finalmente, si, profundamente alborozados y agradecidos por ello, reconocemos

que tenemos alma, y que Dios, justo y verdadero padre de todos, está en ella cobijado y dulce y amorosamente vigilante y guíador de toda nuestra vida, ¿por qué no aceptar que también tengan alma todos los séres y plantas por ruines que se nos figuren, y que también dentro de ella tienen a Dios vigilante y amoroso?

La belleza, la inteligencia, la sensibilidad, son conceptos limitados y relativos, producto de la reducida mentalidad humana; pero, igualmente que lo grande y lo pequeño, aquellos conceptos no caben en lo definitivo e infinito del Universo, en donde todo es grande y bello y sublime.



¿Podremos sustentar seriamente la teoría de superioridad de las facultades humanas?

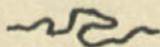
En términos de justa comparación y en proporción:

¿Saltaremos como la pulga?

¿Volaremos como el águila?

¿Veremos como el gallo?

- ¿Navegaremos como el pez?
- ¿Tendremos el olfato del perro?
- ¿Correremos como el gamo?
- ¿Llevaremos todo un sol en nosotros mismos como la luciérnaga?
- ¿Sentiremos, amaremos, cantaremos, como el ruiseñor?



Si todo es nada,

la nada es todo.

LA filosofía, la ciencia, las religiones, tienen casi siempre una tendencia estúpida: destruir. Razonan, analizan, meditan, para venir a parar a la nada de las cosas: todo es nada. (Juguemos la frase). Pero la nada es todo.

Y después de haber pasado (de pasada) por la filosofía, por la ciencia, por las religiones, venimos a descansar sosegadamente a la convicción (grata sombra de árbol en

este triste camino) de que, si todo es nada, la nada es todo.

Filósofos, religiosos o científicos, hemos tomado las cosas enfáticamente en nuestras manos y os hemos dicho: "Véis? Esto y esto y esto es nada". Y satisfechos de nuestra inspirada demostración, hemos arrojado despreciativamente la cosa al suelo haciéndola añicos.

Y han quedado por los siglos de los siglos impresas y esculpidas nuestras frases que, al fin y al cabo, pues... ¡tampoco eran nada o también eran nada!

¡Oh, aquellas claras, luminosas, irrefutables palabras destructoras que amargaron nuestra vida rompiendo los juguetes que eran nuestra ilusión y demostrándonos que era todo pura engañifa! ¡Aquellos brazos que tocaban unos platillos, aquel borreguito que decía, "¡bee!" aquel Juan de las Viñas que subía y bajaba por un palito, aquel ratoncito que andaba solo y aquella caja que al abrirla nos daba un susto porque se alzaba en ella un viejo amenazador de largas barbas!... Aquellas cosas no eran ver-

dad, no eran nada, no eran sino simples mecanismos y combinaciones y unos alambritos y un fuelle y unos palitos y unas tablitas ¡nada! nada!

¡Oh, aquellas frases implacables y crueles, destrozándolo todo y aniquilándolo todo, cómo las recordamos!

El amor no es nada, la vida no es nada, la muerte no existe; el pan no es pan, la carne no es carne, el agua no es agua; nada existe en realidad, la única vida y realidad y perduración de las cosas está en las ideas, ¿pero qué son las ideas? ¡las ideas no son nada!

Esta vida es pasajera, un breve tránsito, todo está en la otra vida, esta vida no es nada. Y a renglón seguido: “No hay más vida que esto y esto no es nada. El arte, la sentimentalidad, la mentalidad, ¡nada! caprichos orgánicos, aberraciones fisiológicas, células, nervios, linfa, sangre, decadencia, plétora ¡qué se yo! nada! No existe la luz, no existen las tinieblas, no hay espacios, no hay distancias, no hay chico ni grande, todo es relativo, y lo relativo no es nada, o

es nada, lo cual dá lo mismo. Santos, vírgenes, dioses, demonios, ángeles, espíritus: fueron, no fueron, vuelven a ser: éste los patentiza y aquél los niega, no están y están siempre en el cielo y en la tierra, con los hombres, sin los hombres, arriba y abajo, suben, bajan, vienen guerras por ellos, y se van por ellos y vuelven por ellos, y al fin y al cabo, nada, todo es nada!

La gloria, el honor, la honra, la fama, el valor, todo es nada.. Comer, dormir, pasear estúpidamente, sacrificarse imbécilmente al cuello, a la camisa y a la corbata, no hacer nada, no producir nada, no pensar en nada, todo es nada!

¡Pues basta ya! no señor: ¡Nada es nada!
¡Es decir: ¡Todo es todo!

Precisamente, convencidos de que todo es nada, vemos que la nada es todo.

Acojámonos a la redentora, consoladora, teoría de "todo es todo". ¡Oh, Dios mío, no más descreimientos, ni excepticismos! Todo es todo, todo es grande, todo es verdad.

Toda negación afirma, desde que trata de

destruír, pues no se puede destruír lo que no existe.

Vivamos esta vida y esperemos en la otra.

Y vivamos creyendo, gozando, peleando, soñando...

No nos reiremos más de los mandarines, de los colorines y de los clarines..

La bengalería, la teatralería, la palabrería y toda fruslería, son cosas bonitas y agradables y pintorescas que nos entretienen... ¡En cuántas cosas que nos parecían serias hemos encontrado la misma bambalinería, teatralería, bengalería!...

Comamos y pongamos nuestra gloria en el arte culinario, como en el arte político, como en el arte guerrero. Todo es arte. Hasta en el arte malo hay su gracia.

La conversación anodina, las relaciones de etiqueta y cumplido, el visitarse sin ganas, el reír a compás, el aplaudir detestando y el alavar despreciando, son cosas agradables que entretienen y que disponen a la meditación y enseñanza.

La estupidez es no aceptar las cosas como son.

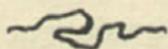
Toda la vida de Dios han sido grandes hombres los políticos, gloriosos caudillos los guerreros y grandes señoras las cortesananas... ¿Por qué no aceptarlo? ¿Podemos dudar del poder de los que explotan pueblos, de la gloria de los que los llevan unidos al carro del triunfo y del prestigio de la belleza que logra ponerse al rey en donde se pone el orinal?

¡Vengan arcos de triunfo y congresos de mármol y discursos de imbéciles y bandas de generales y cruces y condecoraciones de hojalatería... y vengan santos y dioses y sermones y procesiones y cirios pascuales para cada gusto... y vengan filósofos para hacernos reír y vengan místicos que nos recuerden que el hombre es un vil gusano que tiene en la conciencia un roedor gusano y que se lo han de comer los gusanos, y vengan sabios que nos prueben que todo en la vida, el queso y el jamón y hasta los huevos, son gusanos!

Los filósofos, los místicos y los sabios son

tan aceptables como una buena salsa de tomate y como las actuales faldas de volados en las señoras, tan fáciles de arremangar.

El manduca y empina el codo, y el arremanguen, y el reirnos idiotamente del rompecabezas del mundo, es lo mejor y lo más positivo de la vida, y esto es todo, aunque nos digan ustedes que todo es nada.



Del genio

Más descubrimientos realiza la pobre ignorancia que no sabe nada y que quiere saber, que no el genio que nada puede descubrir, desde que lo sabe todo.

¡Oh el genio!



¿Cómo entenderemos a Dios si los hombres endiosados nos dán asco?



El dómíne de “La letra con sangre entra” ha cambiado las disciplinas por la terrible pluma, hincándola como aguijada. No son disciplinazos, pero son filípicas.



También hay filósofos de esos que se enfurruñan y toman en serio una porción de no-nadas: la imbecilidad de un ministro, la idiotez de un mitrado, la inconsciencia de un pueblo....

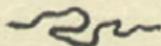
¿Pero, filosóficamente considerado, qué es todo eso? ¿Cómo no se sonríen estos filósofos y aceptan aquello como la cosa más natural? ¿Qué diríamos de un médico que, enfurecido, diese puñaladas con el bisturí al descubrir focos de infección, microbios venenosos, úlceras?



¿Y qué me diréis de los revolucionarios

de ideas (que no otra cosa deben ser los filósofos) esclavos en su vida ordinaria de todos los formulismos, ñoñeces, y quisicosas como “la propia estimación”, “el honor profesional” “la moral gerárquica” y otras futilidades?

Hay reputados filósofos que rabian muy amenudo: cuando rabian, no son filósofos: son hidrófobos.





Mi obsesión de la guerra

EN la mayoría de mis libros aparece la guerra, más o menos.

Mis libros son mi sufrimiento y mi sufrimiento es toda guerra.

Y, acaso, lo mismo que está la paz en la guerra, está el goce en el sufrimiento.

He tenido como cualquiera fatigas y penas, pero, francamente, siempre me he creído afortunado y dichoso. Sin embargo, mi característica ha sido la de recoger el dolor, y la de hacer de este dolor un deleite... Claro: quien vé este dolor en mis libros cree

que yo he sufrido mucho... ¡y yo he gozado ese dolor!

Yo hubiese querido recoger también en mis libros mis horas de contento, mis satisfacciones, mi placer... ¡y no he podido!

Si algo de esto recogí, fué en el deajo amargo de lo que añoramos con melancolía, de lo que se fué... Y aquellas alegrías idas, aquella ventura ya pasada, saben en mis libros a tristeza y a dolor de lo suspirado...



¿Qué tiene que ver todo eso con la guerra de las armas, con la violencia?

Pues tiene que ver que yo creo que todo eso explica algo mi temperamento. Y creo que todos mis libros reunidos son mi temperamento. Todo lo he escrito por mandato de mi temperamento que me obligaba a tomar la pluma. Alguna vez he intentado, de propósito, recoger esto o aquello que no era de mi cuerda: lo festivo, lo cómico... ¡no he podido! En cambio, el dolor se me venía a las manos.



Estoy viendo embarcar tropas para Melilla en el puerto de Cartagena: no siento el entusiasmo patriótico, ni se me ocurre recoger la alegría juvenil y loca de la mayoría de los soldados. Parece que no puedo creer en aquella alegría evidente y, de la confusión de mis ideas y de mi sentir, sale esta copla:

El ir a la guerra, debe
algo de santo encerrar...
¡que lloran los que se quedan
y cantan los que se van!...

Ese "santo" de la copla es un ripio... eran versos de principiante. "Algo de demencia" era lo que pegaba allí y así se siente en la copla. Pero aquel cantar con otros quizás iba a publicarse al día siguiente en algún diario, como nota de actualidad, y me

faltó, posiblemente, el valor, entonces, de ir abiertamente contra esa brutalidad de la guerra.



Otro día, en el mismo puerto de Cartagena, desembarcaban repatriados de Cuba... soldados-cadáveres, hechos esqueletos... Entonces los soldados lloraban... y sus padres lloraban también, de alegría... — Los padres buenos siempre lloran. — Lloraban los padres de ver a sus hijos volver de aquella muerte cierta, aunque no era menos cierto que los veían volver ya muertos... Y en aquel recibimiento de muertos había mucha alegría, a pesar de todo, pues eran, mal que bien, aquellos soldados, aquellos despojos, tristes pedazos de las entrañas...

Y entonces yo tampoco ví aquella alegría de los padres que dieron a sus hijos por muertos y los volvían a ver... (¡Pobre alegría, porque solo veían la sombra de sus hijos!...). Pero ví las entrañas doloridas de

las madres ante aquellos despojos y recogí
en otra copla aquel dolor:

Sin piedad mandas tus hijos
a la guerra a que se maten...
¡cómo se conoce, patria,
que no eres tú quien los pare!

Si ya entonces era yo así ante el dolor de
las pequeñas guerras, ¿qué extraño es que
la gran guerra haya hecho que vibre tanto
mi temperamento y que en la mayoría de mis
notas vaya algo de aquella dolorosa vibra-
ción?



Mi sufrimiento ha sido siempre toda gue-
rra, toda violencia; la violencia en amplio
sentido: la injusticia, la crueldad, la falta
de ⁿcordia, la falta de generosidad, la fal-
ta de piedad, la iniquidad, la intolerancia....

Desde muy chico se reveló este tempera-

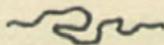
mento mío, esta sensibilidad.

Una noche ví reñir a mis padres (yo tenía catorce años); no fué una riña fea, pero me affligió la acritud con que se trataron... Me fuí con mi afflicción por las afueras del pueblo y cuando llegué al río estuve a punto de suicidarme; tal era mi pena. Pensé arrojar-me a la corriente; pero al imaginarme la desesperación y el dolor que con ello iban a sentir mis padres, me arrepentí.



Mi obsesión de la guerra es una lamentación amarga ante la Humanidad que hace de todo guerra...

La guerra es la característica humana... ¡su deplorable característica de ceguera y hostilidad ante la belleza sonriente de la vida!



Desesperanza

SE discute sobre la guerra, se discute a todas horas y en todas partes... En esta vida nada se ha discutido que sea tan grande, ni tan grave, ni tan transcendental como esta guerra, y es natural que nosotros, al oír que discuten de ésto, pongamos atención y tengamos el vivo impulso de ir también con nuestra voz allí adonde se vocifera... Pero escuchamos un momento y la discusión que oímos nos entristece... Se discute (mejor, se disputa) sobre quién es

más valiente, de los pueblos en lucha. Sobre la táctica, sobre quién tiene más hombres o mejor artillería o más o menos preparación militar... Se grita y cuestiona como si se tratase de una carrera de caballos o de un espectáculo de luchadores atléticos de circo.

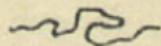
Entonces nos alejamos desalentados y en silencio...

Encontraríamos natural el clamoreo ensordecedor de las discusiones en el mundo entero, porque se trata del conflicto más grande en que la Humanidad ^{pudo} puede verse; pero creíamos que sería otro muy distinto, la mayor parte de las veces, el tema de tales discusiones.

Pensábamos que se discutiría sobre quién dió motivo y pié para desgracia tan grande; quién provocó; quién agredió; quién es responsable; qué alcance fatal puede tener la ciega aberración; qué remedio se buscaría que cortase tanto mal; qué recursos y qué contingencias habrá que prevenir para el futuro... si será la razón, si será la fuerza, si será la ideología del sentimiento o la

exaltación del positivismo más brutal y bárbaro... ¡qué orientación! ¡Dios mío, habrá que seguir en noche tan negra para el espíritu, y en tribulación tan grande?...

Pero no, no se discute de ésto y apenas hay quien de ello se preocupa... La Humanidad imbécil ha formado corro y jalea y azuza y apuesta, viendo como se acuchillan unos hombres insensatos, ebrios de patriotismo, de imperialismo y de glorias absurdas.



Alcoholismo

AL cabo de los años mil Inglaterra se preocupa, de verdad, de los terribles efectos de las bebidas alcohólicas.

Es la más neta declaración de que aún estamos muy atrás, de que padecemos un crónico embrutecimiento originado por el alcohol... ¡Hay tantos alcohólicos!

Es la reclamación imperiosa de sensatez, de cordura, de serenidad, en los momentos difíciles.

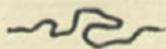
Se ruega, se decreta, la sobriedad, el buen juicio y el buen ejemplo.

El Rey dice: "No beberé. No se beberá en mi palacio". El ministro aplica en su casa la lección.

Pero ¿y los gremios? Los gremios!... Los gremios han traído la guerra y quieren que se siga alcoholizando el pueblo para que, embrutecido, siempre haya guerra. Los gremios están más alcoholizados que nadie: beben sangre... beben oro!

Hombres: Dejemos el alcohol por nuestra propia voluntad, no por real decreto, y pronto dejarán también los gremios su alcoholismo de oro y sangre.

Hombres: Dejemos el alcohol de las bebidas y el alcohol de las ideas que nos enloquece y nos hace ver como resplandores de gloria el siniestro fulgor de los incendios y de la sangre derramada.



La cultura del bruto

“El negro Jonson venció!...”

“El negro Jonson fué vencido.”

Cientos de miles de hombres (quizás llega a millones) en la culta Europa y en la nueva y progresiva América se ocupan de “esto” días enteros, muchos días.

Pocos de estos hombres han dedicado unos momentos al terrible problema “moral” “humano” de la guerra.

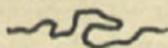
Se ocupan de la guerra, sí, ¡ya lo creo! ellos más que nadie; pero, desdichadamen-

te, tomándola así como “esto” del negro Jonson.

Y no podemos negar que los pueblos más cultos pelean toros, pelean perros, pelean gallos, pelean hombres, sin dejar de ser cultos.

Pero estos casos aislados de luchadores nada han de influír, con su espectáculo grosero de darse porrazos, en que aumente el número de hombres de fuerza y compleción de perfectos gladiadores.

No hay tal finalidad; si la hubiese, encontraríamos bien el entusiasmo e interés de los admiradores de la fuerza bruta, y hasta plausible que se sacrificasen para multiplicar y perpetuar la casta de los Jonson, considerando coronados de gloria ofreciendo al semental, para que las fecundase, las propias mujeres.



El Dios - Patria

HABIA un Dios, no se qué Dios, inocente y funesto como todo los dioses. .

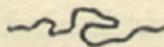
La imagen de este Dios (algo tangible para poderse tocar y creer) era un ser ventrudo de proporciones gigantescas y su vientre venían a ser una especie de horno.

En aquel horno, o vientre del Dios, se encendía fuego y, cuando llegaba el momento solemne de los sacrificios, por la boca del horno (pongamos el ombligo) eran

arrojados cien, doscientos o más niños inocentes...

Todos los dioses de la tierra, precisamente creados por los hombres para su salvaguardia y amparo, ¡cuántas criaturas se han tragado y se tragan!

Y todavía los dioses del paganismo son algo insignificantes en cuanto a tragaderas, comparados con otros por los que han corrido y corren ríos de sangre humana y a los cuales se les ha dado también de asado de carne humana verdaderos festines... Y los hay de estos dioses, insaciables y espantosos. Ved uno de ellos rodeado de una corte de Dioses Reyes, de Dioses Soberbia, de Dioses Honor, de Dioses Gloria.. su vientre colosal es un horno inmenso de calcinación que se traga enteros los ejércitos del mundo... Este Dios es quizás el más terrible, el más imperativo, el más exigente: es el Dios — Patria.



Lo más estúpido

“Aunque la tregua de Navidad propuesta por el pontífice no fué aceptada por los gobiernos de las naciones beligerantes, los soldados de las trincheras tuvieron sus momentos de expansión y fraternizaron.

Entre la víspera de Navidad y las doce de la noche de ese gran día que la cristiandad tanto celebra, no se disparó un tiro.

“The Graphic”, de Londres, dice que, según cartas recibidas de las líneas de fuego, los alemanes cantaron el himno inglés “God Save the King”, y los ingleses el “Deutschland über Alles”. Hubo también un “match” de “football”, que perdieron los ingleses, y la caza de una liebre por unos y otros.

Esto causó bastante sorpresa a los franceses; pero debe tenerse en cuenta que el hecho se vió ya en la guerra de España contra Napoleón, entre ingleses y franceses, y en la de Crimea entre los rusos y los ingleses y franceses aliados”.

De una revista

HE llegado a ver lo más estupendo....
Ah! pero no es estupendo! Dije mal. No es
estupendo, sino estúpido!.... infinitamente
estúpido!... De una estupidez, de una idio-

tez, más desconsoladora, mil veces, que la misma guerra.

Se están matando millones de hombres; se acuchillan, se degüellan, se aniquilan unos a otros con una saña, con un encono, repulsivos, no imaginables, impropios de las peores bestias... Esto no es la guerra. La guerra es algo convenido, organizado, casi reglamentado con leyes y condiciones... Pero la matanza actual es lo monstruoso, la depravación, el desenfreno de los mayores instintos sanguinarios...

Pues estos millones de hombres que borrachos de sangre, incendian el mundo entero por sus cuatro costados... estos hombres entre los que no hay ni el menor vislumbre de paz... estos hombres que gastan todas sus energías y su talento y su vida en destruir y arruinar y convertirlo todo en polvo y ceniza... estos hombres que no escuchan acento alguno de conciliación y que tienen por finalidad un triunfo definitivo y total que forzosamente ha de ser a costa de naciones arruinadas, barridas, asoladas, y de millones de inocentes víctimas... es-

tos hombres cuya mayoría se compone de insensatos que pelean a la fuerza o sin saber por qué y que no saben discernir... Estos hombres, — fijaros en la estupidez, — estos hombres, porque es día de Navidad, acuerdan la tregua espontánea y se mezclan alegre y cordialmente con los enemigos (con los que se acuchillaban y seguirán acuchillándose) y confraternizan durante un día, celebrando el fausto nacimiento de Jesús con arbolitos de Navidad y con juegos de niños.

A nosotros nos parecería esto bien si no fuese una tregua, si fuese la renuncia definitiva a seguir lucha tan insensata.

Pero una tregua, en honor del Dios de la paz, para seguir a los pocos momentos matándose encarnizadamente, nos parece la más grotesca, la más ridícula, la más idiota, de estas cosas de la guerra.



Hay que vencer

LOS bloqueados hablan así:

—La resistencia es eficaz: podemos cansar a nuestros agotados enemigos, podemos obtener ventajas... si no alcanzar la victoria, podemos tener algunas perspectivas favorables, al menos...

—Pero es muy costosa la resistencia: el hambre hace estragos. El hambre la soportan hasta con gusto los que la aceptan voluntariamente y los fuertes que se arbitrian como alimañas que merodean; pero ¡y los débiles de toda debilidad, los niños, los an-

cianos, los enfermos? ¿Os habéis detenido a reflexionar que ya no son soldados, ni siquiera soldados enemigos, los que caen muertos, sino vuestros padres viejecitos y vuestros hijitos tiernos que pidiendo pan en un clamor triste, se duermen, (triste sueño) para no despertar nunca?

—No obstante hay que resistir, la resistencia es el triunfo... ¡Hay que vencer!

Los sitiadores, los que bloquean al enemigo, la jauría acorralando la presa aulla relamiéndose ya en la certeza de la pieza que se dá por cobrada, y se oye este clamor:

—¡Ya es nuestro! No hay que precipitarse, no hay que disparar, economicemos las fuerzas y las municiones, estrechemos el cerco, es cuestión de calma y de tiempo... están vencidos, el hambre los entregará...

—¿Pero habeis pensado humanitariamente lo que es condenar al hambre a una nación entera?... a millones y millones de inocentes y débiles víctimas?

—¿Y lo que ellos hicieron sitiando a París? ¡Ni medicinas dejaban entrar! Se comían ratas y se moría de peste... Soste-

niendo el bloqueo por un largo tiempo, iremos al triunfo y ahorraremos soldados.

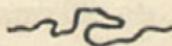
—¡Ohorrareis soldados!... ¡hemos debido ahorrarlos todos!... Ahorrareis soldados y, para conseguir lo que llamais salvar a la Humanidad y salvar las libertades humanas, habreis dejado perecer de hambre millones de niños inocentes, entre ayes desgarradores de madres desesperadas... Para salvar la Humanidad presente, quizás habreis asesinado una Humanidad gloriosa del porvenir... Ahorrareis soldados, mientras en el largo bloqueo y a consecuencia del hambre impuesta por vosotros, perecerán millones de prisioneros, de vuestros propios soldados prisioneros en los campos enemigos de concentración.. Ahorrareis soldados para que queden ejércitos que, concluyendo de enloquecer al mundo, desfilen victoriosos bajo el Arco del triunfo, mientras en los campos de batalla se blanquearán al sol, insepultos, los huesos de los héroes, y mientras en los campos de concentración de prisioneros, comidos de gusanos y piojos y en la fiebre del tifus, los mártires por la patria perecerán

de hambre y de inmundicia.

—Son males de la guerra. ¿Cómo evitarlos?

—Condenando la guerra para siempre y haciendo pronto la paz.

—Pronto?... Tenemos que ir estrechando el cerco... Es cuestión de tiempo.... ¡Hay que vencer!



¡Bendita paz de la muerte!

CIRCULAN rumores en Suiza de que el príncipe heredero de Alemania ha sido gravemente herido.



En las bajas inglesas figura entre los muertos el capitán Rober Bruce, del regimiento de highlanders, hijo mayor de lord Balfour Burleigh, y el teniente Simón Fra-

ser, del regimiento Gordon Highlanders, tercer hijo de lord Asitoun.

Figura entre los heridos el conde Dalhousie, de la guardia escocesa.



Entre los heridos llegados últimamente a París figuran el hijo del diputado Denis Cochin, el abogado Chenu, que actuó de acusador en el proceso Caillaux, el escultor Paúl de Cassagnac y el obispo de Ivoire, que revista en el ejército como teniente.



De Berlín dicen que se ha anunciado oficialmente en Alemania, la muerte de tres príncipes de la casa de Lippe, del de Hesse, de dos de Meiningen, y de los de Waldeck y Reuss.

Seis de los príncipes caídos solo tenían de 18 a 22 años.



Se combate a través de montones de muertos que, con sus cuerpos acribillados de balazos, ofrecen a los beligerantes macabro parapeto... Por entre los muertos se dispara, detrás de los muertos se esquiva el bulto, sobre los muertos se avanza, sobre los muertos se cae...



Parece que los cadáveres se hallaban en plena descomposición y que, por esta causa, los obreros habían recibido orden de no tocarlos. Con ganchos se les arrastraba hasta el hoyo, se contaba el número, se distinguía su nacionalidad, y, juntos todos, sin cuidarse de su nombre, ni de sus papeles, ni de nada, se les arrojaba dentro... De cal y tierra era la mortaja.

A lo lejos, el cañón mortífero entonaba el último responso.

¡Bendita muerte! ¡bendito caer y caer de

víctimas sacrificadas! ¡Cuándo este insaciable Dios de la guerra ha de verse hartos? ¡Bendito caer de víctimas, bendito agotamiento que nos has de traer la deseada paz!



Me he despertado optimista. Hace un día espléndido. ¡Bendito sea el sol, curador de toda llaga!

Me acosté con las sombras... Me desperté con el sol...

Me acosté con las sombras de la guerra en el espíritu... ¡cuánto dolor! cuánta orfandad! cuánto desastre y miseria!... y... ¡cuánta muerte!...

Pero la muerte no es nada, es decir, lo es todo: los muertos ya no han de matar más, ni han de morir más pudriéndose en sus llagas, comidos por las moscas, abandonados en los campos...

Los muertos ya no sentirán más el taconazo en el rostro, del enemigo borracho de sangre, ni agonizarán abrasados de sed, pidiendo

do agua y llamando a su madre en aquella soledad....

¡Bendita tú ¡oh, muerte! piadosa, misericordiosa, que acabas con tanta espantosa tortura!

¡Benditos vosotros los que habeis ordenado que sean rematados los heridos!

¡Oh, benditos vosotros, soldados que vais repartiendo tiros en esas bocas exánimes que piden agua y llaman a las madres!....



Y tú ¡Oh, Guerra!, puesto que así Dios te consiente, bendita seas también porque eres arrasadora, niveladora, purificadora... Veo cómo el abrazo furioso de los enemigos lo conviertes en abrazo de paz, dejándolos abrazados para siempre en el regazo de la madre tierra... Veo cómo barres y pulverizas las ciudades, los monumentos, las fábricas.... cuanto el hombre alzó a costa de iniquidades, haciendo oro y riqueza deslumbradora, del dolor y de la miseria de los desheredados....

Y te veo justiciera, equitativa, ensartando en tu vendimia humana racimos de príncipes y de poderosos...

¡Oh, bendita guerra, madre de la muerte! Madre de esa piadosa y dulce hada que calma la sed de las bocas espirantes y seca la última lágrima de aquellos ojos de órbitas desencajadas...



¡Oh, bendito sol, curador de toda llaga, que relumbras sobre la tierra!...

¡Tú secarás la sangre de la tierra empapada... tú besarás y lamerás aquellas carnes abiertas, hasta que pierdan su miseria y hediondez... tú caldearás, purificándolos, los blancos huesos!...



La ley de la paz

Carta de un soldado

“Querida madre: He tomado parte ya en más de cuarenta combates y en todos ellos he tenido una suerte loca, pues no saqué ni un arañazo. A mi lado he visto morir a centenares de compañeros. Ahora vamos a la pelea como se iba a la guillotina en tiempos de la gran revolución. La muerte no asusta a nadie y a muchos de mis camaradas les he oído decir mil veces que lo me-

jor es morir, pues la vida que llevamos es terrible.

“Durante muchos días y noches hemos estado agazapados en las trincheras, y cuando se salía era para arrojarse sobre las del enemigo y luchar cuerpo a cuerpo. Todo cuanto te diga de estas carnicerías sería pálido. Es sencillamente lo más horrible que puedes imaginarte. **Comemos entre muertos, rodeados de cadáveres, asfixiados por las emanaciones de cuerpos putrefactos.**

“Se lleva uno el pan a la boca con las manos teñidas en sangre. Al principio este espectáculo me causaba inmensa angustia, repugnancias invencibles. Estuve dos días sin comer. De noche tenía terribles pesadillas. Me he quedado sordo. Los estampidos de los cañones enloquecen. Yo, lo mismo que mis camaradas, nos hemos convertido ahora en bestias feroces. Se mata al prójimo como si fuera un pollo, con la misma inconsciencia. Adios. Tu Paul”.



El “*Franfurter Zeitung*” escribe: Ha lle-

gado un tiempo crítico; debería pensarse en una paz honorable.

A eso contesta el "Times" de Londres: Alemania debió pensar en eso antes de invadir Bélgica y el Norte de Francia, donde las tropas germánicas lo han devastado todo.



Los socialistas de Alemania trataban de convencer a sus correligionarios de Francia de que su país no tenía querella alguna que ventilar con la república, aportando argumentos para demostrar que Inglaterra era el verdadero enemigo de Francia. Argüían igualmente que la Gran Bretaña, con una política solapada, había incitado a Francia, Rusia y Bélgica a ir a la guerra contra Alemania, en forma que estos tres países combatirían en el campo de acción de Inglaterra, que es el verdadero y único enemigo mortal y competidor de Alemania.



Entre los reclutas que se enrolan ahora en

Alemania figuran jóvenes menores de 18 años y hombres de más de 50. Se les da instrucción militar en los campos de concentración de Coblenza y de Aix-la-Chapelle.

De los diarios



Se teme que esta paz que se gestiona no es la que anhelan los hombres, sino una paz infame fraguada para incubar nuevas y viles guerras.



Hombres pacíficos, hombres que por la fuerza habeis tomado las armas en esta contienda universal de bestias locas: los que por la fuerza habeis tenido que defender vuestro hogar allanado, y los que — contra vuestras convicciones — por la fuerza habeis ido a matar...

Homõres inofensivos, sensibles y dulces a los que os han convertido en sanguinarios y crueles; hombres que teníais como bendita religión un ideal de paz y de trabajo, y han

arrasado con los cañones vuestras fábricas, vuestros talleres, y os han hecho renegar de vuestro santo credo y beber heces de infamia y convertir — lo que eran paredes de un templo de vida y amor — en barricadas de muerte y de odio; hombres que érais felices, hombres que teníais alegría, hombres que amábais... y ahora sois desdichados, porque os arruinaron y os envilecieron; y ahora estais tristes y abatidos, porque veis solamente luto y lágrimas; y ahora ya no amais, porque han matado a los seres que amábais...

Hombres que érais de manos blancas o de manos encallecidas por el trabajo, y que ahora teneis manos ennegrecidas por la pólvora y manchadas de sangre... ya estais agueridos, ya sois veteranos... Como viejos soldados, avezados a la ignominia de la guerra, ya vereis con placer cómo caen, al fuego de vuestra fusilería, las filas enteras de inocentes bisonos; ya podreis arrasas e incendiar aldeas, sin estremeceros al oír los gritos de angustia de los míseros habitantes, de las mujeres y los niños; ya, indiferentes y con

el pulso firme, apuntareis bien a los infelices que haya que fusilar al pié de unas paredes...

Pues bien: no a los hombres de paz, que érais antes, sino a los viejos soldados, tiznados de pólvora y manchados de sangre, que sois ahora, me dirijo:

Soldados harapientos, mutilados, arruinados, de tanto sembrar a vuestro paso la ruina; soldados tristes, de tanto sembrar a vuestro paso la desolación; soldados extenuados y medio muertos, de tanto sembrar la muerte... Soldados: Cuando los que declararon la guerra acuerden la paz, medita apoyados en las armas....

Yo que abomino de la guerra, pienso que ya no debe acabarse, hasta que con ella se garantice una verdadera paz... Una paz que no sea engendro de nuevas y más sangrientas guerras... Una paz que no la hagan cuatro hombres.... Una paz con una ley soberana universal irrevocable que diga así:

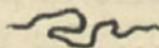
“Los armamentos serán destruidos totalmente: buques, fortalezas, cañones &.^a Queda-

rán solamente armas de uso individual.

“Nadie estará obligado nunca a tomar las armas, si no es voluntariamente.

“Los que no acepten esta ley, serán considerados y batidos como pueblos de piratería, y hasta no reducirlos y anularlos, no se acabará esta guerra, no se firmará la paz”.

Y avezados como ya estais, ennegrecidos de pólvora y manchados de sangre, inflexibles, con el pulso firme y certera la puntería, haced cumplir esta ley piadosa de redención humana.



La literatura
después de la guerra

PREGUNTANDO qué será la literatura de mañana y recogiendo algunas opiniones, dice Gómez Carrillo:

Las encuestas sobre la "literatura después de la guerra" continúan ocupando un gran espacio en las revistas y en los diarios, sin haber provocado aún ya no digo una página profética de alto vuelo, pero ni siquiera un estudio penetrante y sincero. Con una disciplina a que no nos tenían acostumbrados en otro tiempo, los espíritus más rebeldes se inclinan ahora bajo el peso de los

lugares comunes y, uno tras otro, proclaman que de la gran tragedia actual ha de salir purificado y engrandecido el pensamiento francés. “Lo que constituía la literatura parisiense, y que no era sino una mistura de snobismo y de perversidad, impuesta por el gusto de una población cosmopolita, puede decirse que ha desaparecido por completo”. Y lo extraño, lo incomprensible, es que, entre los que así hablan, se encuentran Marcel Prevost, autor de las “Dernies Verges”, y Roberto de Fleurs, autor de “Miquette” y hasta mi amigo Willy, padre de las “Claudinas”...

Entre los que han tomado parte de un modo más serio en las consultas sobre la literatura de mañana, hay un filósofo que en tres líneas ha dicho una verdad que hubiera debido bastar para que nadie preguntara cosas indiscretas. “La literatura del porvenir como la del pasado — dice este filósofo, que es nada menos que Bergson — será independiente de los acontecimientos, dependerá de las personalidades que surjan más tarde”. Ahora bien, si esto es cierto, y sí que

lo es, ¿cómo podemos, en estos momentos, prever lo que sucederá mañana? Si uno de los jóvenes “peludos” que comienzan a conocer la existencia entre las emociones de las trincheras lleva en el fondo del alma la llama del genio que, un día u otro, ha de iluminar a su patria, es probable que sus obras conservarán por lo menos un reflejo de los incendios actuales. Pero ¿por qué figurarnos que los hombres ya conocidos, ya ilustres, los maestros, serán dentro de un año diferentes de lo que eran hace veinte años?

Un poeta joven y de gran talento, M. René Fauchois, responde con una página que tiene el sabor y el acento de un verdadero manifiesto, como aquellos que anunciaron al mundo, en épocas bonancibles, el nacimiento del simbolismo, del futurismo o del naturismo. Sin esperar el fin de la guerra, según este ardiente profeta, ya la juventud literaria ha comenzado a crear la poesía del porvenir, que será de una “sencillez magnífica” gracias a su “doble carácter de revolucionarismo y de clasicismo”.

Y naturalmente agrega que la estética sal-

vadora será un cristianismo de la poesía.

Lo que René Fauchois no nos dice es en dónde podemos encontrar las primeras obras de esa escuela maravillosa.

Y como para contestarle, detrás de él aparece, en una encuesta de "Le Temps", el gran Emile Verhaeren, que con su clara franqueza grita a sus antiguos amigos los simbolistas:

"Se han acabado las capillas, los grupos, las aristocracias intelectuales; elasicismo, romanticismo, parnasianismo, decadentismo, todo eso ha desaparecido; en el porvenir la cuestión de escuelas no interesará para nada a los poetas".

Un escritor a quien sus biógrafos califican de "independiente" y hasta de "salvaje", Jean Ajalbert, dice:

"¡La literatura de mañana! ¡Qué cosa tan poco importante para una Europa que agoniza en un mar de sangre! ¡Los hacedores de novelas, los fabricantes de comedias, ¿qué interés pueden tener?... ¡Dios santo...! Lo que hay que llorar es el gran número de poetas muertos en la guerra... Esos, tal vez,

son los únicos que hubieran podido, mañana, hablar al mundo...



Y nosotros agregamos por nuestra cuenta:

O, efectivamente y de todas veras, la Humanidad es idiota y lo del sentimiento y la razón y el genio artístico son también estúpidas vanidades de unos cuantos pobres entes, o la presente guerra (tristemente por cierto) nos dará la más gloriosa época de literatos pensadores, de literatos revolucionarios y de literatos artistas...

Y buena falta nos hace y ha de ser así, o maldita la falta de la literatura si ha de ser como la presente: degenerada, artificial, pusilánime, castrada, sin ideales redentores y sin un fuerte sentimiento de lo humano y de la imperativa y soberana realidad de las cosas.

¿Pero habeis pensado lo que es esta guerra?

La historia de cada soldado, de cada ho-

gar pulverizado, de cada familia dispersa, de cada niño perdido en la soledad del mundo como corderillo sin madre, será un libro glorioso, un libro sagrado, un misal de la nueva salvadora religión que forzosamente alboreará para los hombres.

¿Habeis pensado en los infinitos poemas, en las aventuras novelescas e inverosímiles, en los idilios, en las tragedias, en los realismos horrorosos y en los idealismos inconcebibles de una lucha como ésta en que naciones enteras sucumben gloriosamente por el ideal patrio y en que al mismo tiempo son llevados a los campos de batalla lo mismo que indefensos carneros millones de hombres bajo la amenaza del revólver de los oficiales que los mandan?

¿Habeis pensado en el éxodo de las poblaciones desbandadas ante el terror y la muerte?

¿Habeis imaginado lo que se podrá escribir a base de las atrocidades cometidas por la soldadesca y de las iniquidades y trope-lías de todo invasor?

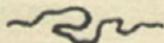
¡Pero, Dios mío, si para escribir (no la

historia oficial de esta guerra) sino la historia humana de esta guerra, no habrá plumas en el mundo!

¿Meditais, acaso, quiénes han ido a la guerra? No han ido solamente, como otras veces, los pobres de toda pobreza, las eternas víctimas, la predestinada y conscientemente destinada carne de cañón, no; a esta guerra han ido todos: sabios, artistas, filósofos, revolucionarios, hombres mozos que germinan y hombres maduros de escrutadora mirada y de mente reflexiva... ¿Y no esperais la floración maravillosa de esos gérmenes humanos que se han nutrido de horrores, de infamias y de demencias?

¡Oh, madre guerra, bestia guerra, qué hijos vas a parir!

No esperamos tanto de los literatos de hoy que ven la guerra de lejos muellemente hundidos en un sillón, como de los literatos del porvenir que hoy recogen inconscientes la visión trágica y las hieles del martirio para darnos mañana visiones gloriosas y mieles divinas en páginas inmortales.





El silencio de la literatura

ENCARANDOSE con los poetas, dice José Torralvo en “Ideas y críticas de la guerra”:

“¿Pero dónde estais que no se os ve sino mezclados a los ejércitos, o alentando a los príncipes o cantando madrigales al gesto estúpido de galoneados marciales?

“Ni siquiera un verso vuestro ha herido, en esta ocasión, la frente de la tiranía en nombre de la humanidad”...

...“Vosotros, poetas, habeis sentido también la cobardía del momento histórico; la

cobardía de pueblos rebeldes hechos legiones de sometidos; la cobardía que del hombre de bien ha hecho un bárbaro y del hombre bueno un homicida”.

Simpatizamos con las ideas del señor Torralvo y ojalá hubiese muchos como él; pero hemos de hacer algunas observaciones.

No todos los poetas han callado. Aunque no en todos los países, la inquisición y la mordaza han vuelto.

Peor que esto es que no hay prensa verdaderamente liberal... La previa censura inquisitorial y reaccionaria, intransigente y de ruín criterio, tiene asiento de honor en las redacciones más importantes que ostentan embusteramente un lema liberal. ¡Ni saben qué es la libertad!

Y si la prensa es así, ¿desde qué tribuna han de hacerse oír los poetas libres?

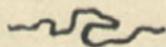
Pero no es esto lo peor. No es lo peor el silencio de la literatura... ¡lo peor es la sordera del mundo!

Seamos idealistas prácticos. El señor Torralvo publica “Estudios” que lo leerán cien, doscientas personas... Nosotros publi-

camos LETRAS que lo leerán otras tantas... Bueno, ya es algo... aunque la proporción es un poco desigual contra unos cientos de millones de personas que, aunque sepan leer, no leen... ¡lo cual es peor que no saber leer!

Seamos idealistas prácticos y no pongamos toda la confianza ni en los lirismos redentores ni en los mortíferos dardos poéticos contra la tiranía.

Con hechos, con verdades sencillas, con la realidad sangrienta, más sangrienta en la lucha social que en los mismos campos de batalla, toquemos el corazón dormido y la dormida mente y esperemos: ¡el alba llega!...



El mal negocio

de la literatura

Poetas: ni siquiera un verso vuestro ha herido, en esta ocasión, la frente de la tiranía.

Torralvo.

¡**LA** tiranía que ^{poco} ~~uoco~~ a de temer del verso airado! ¡Cómo ha de reirse de la bella y rítmica amenaza de un poeta! Los poetas hacen bien en no dispararle versos a la tiranía, pues así se evitan el ridículo.

Caemos de nuestro burro y vemos claro: la poesía es una literatura cursi que hace bostezar o que excita la conversación. Lo hemos observado muy bien en una sala en donde se leían versos: la gente bostezaba

aburrida o sostenía animadas conversaciones sin hacer maldito el caso del poeta. Y la poesía redentorista llega a lo ridículo. Oh, la ira del poeta, los desatados versos! Empecemos porque nadie lee tales versos, quito el poeta mismo que los declama a solas y se escucha soberbio y feliz. Los redimidos siervos no saben nada de tales redentores en verso, y menos saben todavía los tiranos sobre cuyas frentes fulmina sus versos el poeta. La poesía no interesa ni entretiene a nadie, salvo a sus propios cultivadores. La única literatura de algún éxito, pues también ha decaído mucho, es la novela. Pero no la novela de ambiente, de costumbres, real y sencilla y de fina psicología, no. La novela preferida es la folletinesca y romántica y, mejor todavía, la pornográfica. Son libros que se beben, que se leen de un tirón... Se goza intensamente con aquella lectura en que nos engolfamos toda una tarde, toda una noche... De tal éxito no pueden gozar los novelistas que no manejan personajes, ni saben combinar aventuras y menos los poetas incomprensibles o de tal

simplicidad que llegan a la verdadera simplicidad.

Los poetas y la mayoría de los literatos estamos perfectamente engañados respecto al alcance y efecto de nuestras producciones.

Empecemos porque nos lee, cuando nos lee, una insignificante minoría. Muchos trabajos en los que ponemos alma y vida pasan inadvertidos. Y esto no es quejarnos, sino recoger una de tantas realidades de la vida. Y ni siquiera debemos llamarla "triste realidad"; es así y nada más. Podríamos añadir que es así lógicamente, pues si no nos leen es porque no interesamos.

Nosotros damos una importancia y transcendencia a la literatura que ni la tiene ni la ha tenido nunca, a pesar de todos los siglos de oro habidos y por haber.

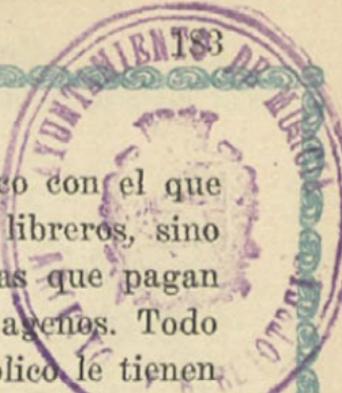
En todos los tiempos ha existido una minoría insignificante que se ha ocupado de literatura; pero la literatura no ha influido nunca en la Humanidad, pese a todos los grandes escritores revolucionarios. Ni la religión misma ha influido en los hombres.

En todo el orbe no hubo nunca mil creyentes sinceros. La religión, las ideas, la literatura, han sido lindos disfraces para asistir a los festines de la panza y de la lujuria y de la vanidad personificada en las modas de todos los siglos. La moda eso sí, la moda en el vestir, sobre todo: esa tendencia al mono, justificada en el hombre por su origen, es lo único que ha influído e influye verdaderamente en la humanidad.

Vais a creer que estamos en un momento de pesimismo literario. No es así: estamos serenos y en un momento de lucidez viendo las cosas tal y como son.

Se leen poquísimos libros; al público lector lo tienen acaparado los diarios y revistas. En unos y otras apenas aparece algo literario. Las empresas aducen que al público le aburre la literatura.

Los libros verdaderamente literarios tienen escasísima venta. Los librereros no los toman sino en consignación.... Los editores hacen el sacrificio de publicarlos cuando el autor, por aquella maldita vanidad de verse bien presentado, paga la edición....



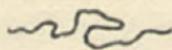
No es con el dinero del público con el que hacen su negocio editores y libreros, sino con el poético dinero de poetas que pagan sus libros y que compran los ajenos. Todo se queda en la familia. Al público le tienen sin cuidado las tonterías y chifladuras de los escritores. Esto no quita para que a los trescientos años desentierren a Cervantes y el público se luzca. Ahora todos somos españoles y cervantistas. Y en su época el pobre Cervantes mendigaba unas medias usadas y desechadas de aquellos "grandes hombres" de su tiempo!... Pues ahora estamos igual que entonces: no nos hagamos ilusiones.

Es una cosa rarísima oír hablar de versos, de libros... Más raro todavía oír ideas atinadas sobre buenos libros, sobre verdadera literatura...

Y aún no es esto lo terrible pues, al fin y al cabo, al gran público ni le va ni le viene nada tocante a la literatura. Lo terrible es que la mayoría de los que se las echan de aficionados, de escritores, de noveles poetas, tampoco leen ni compran buenos li-

bros, ni siguen el movimiento literario, ni nada... para ellos no hay más literatura que la suya.

Finalmente existe un escaso público intelectual, mejor dicho, que se viste de intelectual, para cometer, por vanidad, las más abominables herejías literarias. Este público que es la mayoría del que concurre a los ateneos, academias, teatros en noche de estreno, y a salones particulares donde se leen versos, no se interesa nada, no siente nada y únicamente celebra la ocasión de hacer sangre en el autor-víctima con su crítica despiadada. Este público aplaude con manos enguantadas y comiendo bombones y tiene frases genuinas y orientadoras para el autor aplaudido como éstas: “magnífico”, “soberbio”, “brillante”.



¡Oh los nobles impulsos,
las desinteresadas ideas!...

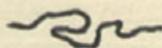
PARECE que al fin hay noticias bien fundamentadas de una paz inminente y nosotros, pacifistas, autores de "El libro de la paz", ante tales noticias de paz nos hemos sentido consternados:

Si se acaba la guerra, ¿de qué vamos a escribir?

¿Para qué servirá nuestro libro de la paz, si en paz ya estamos?

¿A quién atacaremos con nuestros evangélicos sermones?

¿A quién haremos la guerra con nuestras teorías de paz?



Guerra sin fin

**(Final de la nota de los aliados a
Wilson)**

“...los aliados están resueltos, individual y colectivamente, a actuar, con todo su poder y a consentir todos los sacrificios necesarios para llevar a un final victorioso un conflicto del que creen que depende no solo su propia seguridad y su prosperidad, sino también el futuro de la misma civilización”.

**(Final de la nota alemana a los
neutrales)**

“Los poderes centrales conti-

nuarán la lucha con tranquila confianza y con firme fé en sus derechos hasta que se gane una paz que garantice a sus naciones el honor, la existencia y una libertad de desarrollo que conceda a todos los países europeos las bendiciones de la cooperación en el respeto mutuo y bajo los mismos derechos, para resolver los grandes problemas de la **civilización**".

VEAMOS por dónde la guerra es una cosa preciosa.

Los dos gloriosos estandartes llevan un mismo lema: **Civilización**.

¿A qué la interminable pelea y el espantoso derramamiento de sangre, si ambos contendientes persiguen un mismo fin tan elevado y noble?

¡Mentira! ¡Mentira! ¡Impostores! ¡Prevaricadores! ¡Infames!

¡Ah los inmaculados estandartes luciendo

en letras de oro las palabras **Honor, Libertad, Humanidad!**...

¡Ay de vosotros los que tengais que comparecer ante el gran tribunal con los immaculados estandartes arrastrados en el oprobio, empapados de sangre inocente, envilecidos en toda traición e infamia!

La contestación de los aliados, indicando las condiciones de paz, ha caído en Berlín como un rayo. Se considera desvanecida toda esperanza de paz...

“Es una segunda declaración de guerra la respuesta de los aliados” — ha dicho el Kaiser.



Nos desconciertan y abruman tan encontrados sucesos y opiniones. Toman los acontecimientos derroteros de locura, suena a guerra la palabra paz y la paz anhelada parece un imposible.



Las torcidas intenciones de Alemania no

pueden dudarse: someter al mundo entero a dominio y esclavitud.

Si se hace la paz sin el total aplastamiento de Alemania, servirá tan solo para que Alemania se prepare de nuevo. Es candoroso creer en condiciones de paz: Alemania se preparará de nuevo. Será cuestión de años el reponer las pérdidas y el perfeccionar el golpe.

Persuadidos de esto los demás pueblos, el mundo entero se dedicará a los preparativos y contingencias de una esperada guerra más espantosa que ésta todavía.

Los procedimientos bárbaros de esta guerra no servirán de escarmiento, sino de ejemplo y método para equiparar armas y fuerzas: y se invadirán y arrasarán sin la menor excusa territorios pequeños y pacíficos, y serán arreados adelante los rebaños humanos en vil esclavitud, sin emplear siquiera las hipócritas formas que hoy se ponen en práctica para arrancar en deportaciones infames a los pobladores de los países conquistados.

Y Norte América y Suiza y cuantos apo-

yen una paz estéril, caerán finalmente lo mismo que Austria y Turquía y Bulgaria, bajo el dominio y la ambición de Alemania.

Alemania no ha hecho otra cosa en cuarenta años que prepararse para esta guerra...

Hoy vemos claro que era una guerra inevitable, porque Alemania la quería y la preparaba a toda costa.

Hacer hoy la paz para que Alemania pueda preparar un segundo y más certero golpe, es un horrendo crimen.

No hagamos la paz pero no continuemos tampoco de miserables espectadores: ¡Todos a la guerra!

Esta pasividad esperando los beneficios de la paz, es vergonzosa.

Alemania ha movilizadado a toda su población en masa: ¡Adelante!

Y nosotros también: ¡Mobilícese el mundo!

Eramos unos cándidos: hemos debido verlo antes: la paz es un imposible.

Hoy todavía vivimos y gozamos, mientras los que luchan sufren y se matan:

¿Pero habeis pensado en la angustia y la zozobra del mundo entero cuando después de hecha la paz, todos los días y en todas partes estemos esperando de nuevo el estallido de una guerra más grande, más terrible, más encarnizada?

No, no! Antes la muerte que llegar a una paz semejante peor que la guerra.

¡Guerra sin fin! ¡Todos a las armas!...
¡Guerra!



¿Pero cuando acabemos la guerra, si se acaba, de quién va a ser el triunfo?

Del vencedor será la fuerza: el vencedor tendrá en su poder al mundo...

Si Alemania no domina al mundo, otro pueblo tendrá que dominarlo...

¡Ay del mundo! ¡Pobre mundo, siempre en poder de alguien!

Pues para que no sea de nadie, ¡arda el mundo! ¡Guerra! ¡Guerra!

Y acabemos la guerra, acabándonos todos.

¡Así, por una vez al menos, no será el triunfo de los que canten victoria, sino de los que caigan y sucumban que habrán vencido acabando la guerra!

¡Guerra! ¡Guerra!

Hasta que los vencidos sean proclamados victoriosos, ¡guerra!... ¡guerra!



Solo hay un medio de evitar la desolación y ruina total del mundo: que el pueblo alemán comprenda su bien y el bien de todos, y haga la revolución redentora aplastando por sí mismo al militarismo prusiano y a los que, apoyándose en él, han hecho una basura de la dignidad humana. ¡Hay que aplastar al militarismo en todo su cuerpo y en todos sus miembros y en su cabeza real!

Alemania es el pueblo que más consciente y más unánimemente ha ido a una guerra infame de rapiñas, de crímenes y de expolios: y si Alemania misma, el propio pueblo alemán, no deshace lo hecho, debe el mundo entero confabularse para aplastar a

Alemania y con ella a su militarismo y a sus dioses. El mundo entero debe seguir la guerra hasta sucumbir o aniquilar para siempre al pueblo alemán y a sus aliados y padrinos.

O Alemania misma, su pueblo, se salva y salva al mundo, o el mundo debe sucumbir o hacer con Alemania ejemplar justicia y escarmiento, salvando la dignidad y la estirpe de los hombres.

Y no hay otro remedio.



¡Oh, el patriotismo y el colectivismo!

Estas son las virtudes que han hecho al pueblo alemán, grande, poderoso, temible...

Y el pueblo alemán, si sale victorioso de esta guerra y domina al mundo, por estas virtudes, será glorioso...

¡Gloria a los grandes, gloria a los poderosos, gloria a los temibles!... ¡Oh la gloria!

Y los pueblos que no tuvieron patriotis-

mo ni colectivismo; los pueblos que no se unieron y confabularon para despojar y esclavizar a otros pueblos, sufrirán el castigo merecido por su candidez al haber creído en palabras de reyes y en tratados internacionales y en el honor de las armas y en la cultura y civilización de muchas gentes, por el hecho de que estas gentes no llevaban taparrabos.

La grandeza de los pueblos estriba en sus virtudes, y los pueblos que no tengan la virtud de unirse para robar y asesinar en cuadrilla no serán salvos.

¡Guerra contra tantas cacareadas infames virtudes!

¡Guerra



Luego esta gota amarga en el ideal:

“Yo he dicho que la habilidad de los jefes de Estado, en estas circunstancias, está en haber hecho ministros a todos los jefes de todos los partidos, y la habilidad de los Gobiernos está en haberse atraído el concur-

so de todos los periódicos sin distinción de partidos. Pero hay otra habilidad: la de haberse atraído al pueblo.

Porque, en general, no es la clase proletaria, sino la clase media — la pequeña burguesía — quien sufre de las vicisitudes de la guerra. Los más de los obreros no están en el frente de batalla. Están en las fábricas de municiones, y si antes les pagaban cuatro, ahora les pagan 14. El obrero en domingo es actualmente un “dandy”, tirado de “jaquette” y guantes, y la obrera gasta “toilettes” de tafetán, botitas con cañas de color, áureas cadenas y coruscantes sortijas de piedras preciosas. Algunas obreras hasta se permiten el lujo de llevar abrigos de pieles y de adquirir objetos artísticos — del Japón principalmente — para adorno de sus tocadores. La guerra está haciendo el caldo gordo a los jefes de obreros y convirtiendo en damas empingorotadas a sus mujeres.

Un periódico de Londres dice:

“Actualmente ciertos ministros socialistas, como se han hecho millonarios no saben comer si no les sirven lacayos con calzones

cortos y si no hay orquídeas en la mesa”.

Bonafoux



Hemos puesto alguna vez en la revolución social la esperanza de redención, pero tampoco!

Los hombres de abajo, cuando estén arriba, se habrán convertido en hombres de arriba.

El hombre bueno, el hombre decente, el hombre sensible, es una cosa rara que debe desaparecer.

Entonces no habrá que protestar de guerras, ni de las dentelladas y zarpazos, porque eso será la cosa más natural.

El efecto terrible de la guerra y el espanto y vergüenza de sus hazañas se producen tan solo en esa insignificante minoría de hombres buenos, decentes y sensibles.

Así, que se nos ocurre una forma sencilla de venir a una verdadera normalidad: quitemos de en medio a los pocos hombres bue-

nos, decentes y sensibles, y se acabarán los espantos y los sonrojos y las tristezas...

Y habrá otro beneficio: que se acabará toda esa lírica de ideales y de credos y de partidos políticos redentores. Primeramente porque no habrá que redimir a nadie, y segundo porque todos seremos "unos" y como la cosa más natural andaremos a dentelladas y zarpazos.

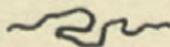
Hay guerra y habrá siempre guerra porque los hombres en su gran mayoría no dejarán de ser bestias.

Hace tiempo que estamos de esto plenamente convencidos y seguimos, sin embargo, haciendo lírica pacifista... También nosotros somos bastante bestias...

Pero aún es tiempo de una sana conversión: pasémonos a la patulea y sigamos be-rreando: ¡Guerra! ¡Guerra!



Esto fué escrito en los primeros años de la guerra y estamos hoy (hecha la paz y todo) casi lo mismo.



¡A la muerte!

¡DÓNDE está la verdad? ¿Dónde está la lealtad? ¿Dónde está la luz en esta noche tenebrosa?



Todos pelean por la libertad del mundo
y el mundo gime encadenado.



Os dicen las cosas más estupendas y contradictorias:

Estados Unidos aprovisiona y atiza el incendio de la guerra.

Estados Unidos impone la paz sin victoria.

Estados Unidos se entiende con Alemania.

Pero Estados Unidos no quiere la guerra.

Pero hace seis meses que Estados Unidos se prepara formidablemente para la guerra.

Os dicen también:

Las más odiosas salvajadas cometidas por los alemanes son siempre por una orden expresa del emperador Guillermo.

Esta guerra, ruína y desolación del mundo, ha sido desencadenada por él.

Los belgas, los franceses del Norte, los polacos, los servios, los armenios, los rumanos, en un éxodo desgarrador de martirios y vergüenzas han ido al Gólgota y a la esclavitud... por él! ¡Y solo por él!

Y el emperador Guillermo está compungido ante Dios por la maldad de otros hombres que no comprenden su buen fin...

Y grita paz, decretando las deportaciones y la campaña de submarinos sin restricciones...

Y se proclama caudillo de la paz.

Y el gran Turco lo designa candidato para el premio de la paz.

¡Alabado sea Dios!

Y a este paso todo:

Los alemanes hambrientos gritan ¡Guerra!

Los yanquis enriquecidos gritan ¡Paz!
Se pudren las mercaderías detenidas en los puertos.

Son hundidos los buques abarrotados de ellas.

Y más que en el frente de batalla, estalla la guerra en el mundo entero:

en las ideas

en las pasiones

en los ideales rotos

en los ídolos caídos

en la moral descoyuntada

en el régimen social descompuesto

en el libre albedrío humano escarnecido

y en la fuerza bruta erigida en Dios.

Y nunca se ha pensado tanto...

Y nunca se ha escrito tanto...

Y nunca se ha mentido tanto...

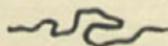
¡Dios mío, Dios mío, a dónde nos llevas?!

Y es lo notable que no basta la reflexión, ni la cordura, ni el desencanto que nos muestran la estupidez de todo; no basta: vamos entre la abalancha de los idiotas y nos parece que es lógico y glorioso gritar como ellos ¡Guerra! ¡Guerra! ¡Guerra!...



Y recordamos aquello que nos parece que dice Unamuno y que es así más o menos: “Y si nos preguntan a dónde vamos no les contestaremos y seguiremos adelante...”.

Y seguiremos hasta caer donde ya no nos levantaremos más... ¡porque es allí, y nada más que allí, a la muerte, a donde vamos!



La triunfadora

DICE Lloyd George ante el éxito del gran empréstito:

“Hoy más que nunca la nación se muestra formidable y bravía”.



Y dice von Tirpitz:

“Alemania vencerá, no cabe dudarlo. Será a corto o largo plazo, no lo sabemos ni nos importa, pero venceremos contra todos los enemigos de la Tierra”.



Dicen desde Berna:

“Alemania cree que la guerra terminará en 1917 con la victoria para sus armas”.

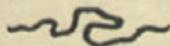


Dice, desde el frente británico, el feldmariscal Douglas Haig:

“Se necesitaron meses para contener a la nación alemana de más de cincuenta millones de habitantes; se necesitarán varios meses más para aniquilarla; pero nosotros golpearemos terriblemente hasta la total destrucción de su ejército”.



Y la Muerte sonrío oyendo hablar a los hombres... porque ella está en el secreto y sabe toda la pavorosa verdad: sabe la Muerte que ella sola y solo ella será la triunfadora.



El militarismo

antimilitarista

Francia defiende, junto con su vida, la justicia eterna y la libertad del mundo. Sin dejar de ser nacional, su causa es, sobre todo, genéricamente humana. Les atañe a todos los hombres y a todos los pueblos.

No vale discutir, ni aún demostrar, que la causa de los aliados no es la causa de la humanidad. No por ello se borraría la diferencia moral entre la causa de los aliados y la causa germánica. Po-

drán equivocarse los aliados, pero ellos han peleado y pelean creyendo que pelean tanto por la humanidad como por su patria. Esta idea ha sido el estímulo más enérgico del esfuerzo aliado.



Los aliados hacen la guerra por amor a la paz. Es un militarismo antimilitarista, civilista, pacifista; una paradoja profundamente lógica. No es de extrañar que muchos neutrales pacíficos se hayan alistado bajo las banderas de Francia, sin obligación ni necesidad. Los aliados piensan que la guerra en sí misma es inmoral. Lo moral en la guerra es la intención que mueve, la conducta que se sigue y el fin que se persigue.

Ramón Pérez de Ayala

No basta tener razón para

triunfar. Hace falta la fuerza. Y la adquisición de la fuerza requiere sacrificios — organización, talento, disciplina — y, por añadidura, el sacrificio intelectual de honrar la fuerza.

La paz de que ahora se habla no sería paz, sino tregua. No sería, por lo tanto, una paz que ahorrara al mundo cinco o seis millones de vidas. Sería, por el contrario, una paz preparatoria para una guerra cien veces más científica, sangrienta e implacable que la actual. ¿Y sería realmente prudente ahorrar ahora cinco o seis millones de vidas para sacrificar quince o veinte dentro de cinco o de diez años?

Ramiro de Maeztu.

ODIAMOS la guerra y predicamos contra ella.

Odíamos la guerra que a ido contra la

paz.

Pero se ha cambiado la faz de la guerra y la faz del mundo.

Ahora la guerra es contra la guerra.

Mejor diríamos que ahora es la paz la que hace la guerra a la guerra.

A la guerra que medio aplastada se revuelca miserablemente y clama paz con lamentaciones hipócritas.

A la guerra que clama paz para alzarse traicionera con más ensañamiento que nunca contra los cándidos que hayan sido con ella nobles, generosos y clementes.

Odiamos la guerra; pero la guerra ha presentado al mundo su faz gloriosa, su faz más gloriosa que nunca: es la guerra contra la guerra, es la guerra por la paz, es la muerte por la vida de los hombres, es el fuego que cauteriza, es la llama devoradora de cuya ceniza se alzarán en el nuevo día, el radiante Fénix redentor del mundo.

Somos pacifistas y odiamos la guerra y por eso queremos guerra y guerra contra la guerra.

Los pacifistas defenderemos los últimos

baluartes de la paz en esta ya santa guerra
contra la guerra...



¡Dios mío, nos hemos vuelto locos: ya pe-
dimos guerra, ya nos arrebató la guerra, ya
amamos la guerra!

¡Guerra! ¡Guerra! ¡Guerra!



Hombres

“Muchos franceses se sorprenden de que la conferencia se esté ocupando de los yugo-eslavos, checo-eslovacos y otros pueblos ahora salidos a luz y que no trate de las fronteras de Alemania, particularmente de la frontera germano-francesa. Les molesta observar que, al tratar de la cuestión del Oriente, la conferencia está determinando el arreglo de las

fronteras alemanas.

“Sería inútil pretender ocultar que, según se considera aquí, estas discusiones traen a colación las cuestiones más críticas y que de las decisiones que se tomen puede depender toda la paz futura. En varios tonos de vehemencia, los diarios, en general, imploran al presidente Wilson que mire a las realidades del momento y no a las esperanzas del porvenir, que considere que con un pueblo tal como los alemanes es peligroso en alto grado ser “suaviter in modo”.

“El público se pone nervioso, en parte debido a la ignorancia en que lo mantienen y en parte por rumores sin fundamento”.

De “The Times”

DICE Lloyd George:

“Si no nos entendemos, el derramamiento

de sangre habrá sido en vano”.

Y los hombres, en su mayoría, siguen sin entenderse.

Los periodistas franceses con los delegados norteamericanos.

Los chinos y los japoneses.

Los griegos piden.

Los italianos piden.

Los belgas piden.

Se habla del idealismo norteamericano y de la realidad europea, como si fuesen dos cosas inarmonizables.

Se teme que la Conferencia de la paz tendrá que salir de París.

En Inglaterra se declara la necesidad de un gran ejército permanente y los obreros piden imperativamente la desmovilización...

Y la desmovilización precipita las huelgas revolucionarias con el grave problema de los sin trabajo.

Lloyd George dice:

“Todo habrá sido inútil si ha de seguir el servicio obligatorio”.

Y en la gran Conferencia persiste la tendencia de la conscripción obligatoria.

Y se dice:

“No se entienden... Persiste la guerra más encarnizada que nunca”.

El Rey inglés exclama en el parlamento:

“Mis lores, mis señores: celebro la concordia que reina entre los hombres que arreglan la paz del mundo”.

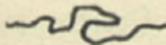
Pero aquellos hombres son unos pocos ilusos poetas y existen en el planeta muchísimos más hombres — la inmensa mayoría — que no son poetas y que no se entienden.

Los mismos compatriotas de Wilson dicen que el Presidente está en crisis en París...

Y el Presidente posterga su regreso a Norte América tratando de dejar arreglada la Liga de las naciones.

Y allá en Rusia, en donde sigue la borra-
chera de sangre, los maximalistas hacen una befa grosera de ese sueño de la Liga de las naciones y lo escarnecen tildándolo de Liga del capitalismo.

¡Y es que somos hombres!



Los verdaderos

revolucionarios

LA gran masa se opone en Norte América a la ley contra el alcoholismo.

A raíz de la victoria, Clemenceau, jefe de gobierno declara: "La resurrección de Francia será difícil... La guerra ha sido para Francia una victoria de Pirro".

Los agitadores promueven revoluciones en Inglaterra, en Estados Unidos, en Portugal, en Africa, en América del Sud.... Dícese que son agitadores alemanes y que el mismo maximalismo en Rusia es alemán. Pero Berlín y Hamburgo, y Alemania entera, arden al mis-

mo tiempo en revolución y desórdenes promovidos—dícese—por agitadores rusos maximalistas.

¿Cuál es la verdad de este caos?

Dícese también que en Rusia tratan los jefes maximalistas de instaurar otro imperio, constituyéndose Troscky en nuevo Zar. Y en Rusia, redimida de la tiranía de los zares, impera la tiranía de los demagogos y reina el terror. La Siberia, con el triunfo del pueblo ruso, es una snave liberación comparada con las prisiones de Pedro y Pablo... Los cosacos con su látigo para azotar al pueblo, eran inocentes palomas comparados con los actuales guardias rojos.

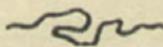
Se teme que en Alemania no han cambiado las cosas y que persiste en ella la tendencia militar y bárbara del pasado régimen. ¿Entonces quiénes son los agitadores de la propia Alemania?

¿En dónde están y quiénes son los verdaderos revolucionarios redentores de los pueblos?

Nosotros creemos que, hoy por hoy, los verdaderos revolucionarios están en París,

discurriendo sensatamente, sentados ante la mesa de la paz.

Esos revolucionarios que están en París son unos grandes hombres, agobiados por el peso y la responsabilidad de la Humanidad entera dislocada y se hallan ante la mesa de la paz pensando, armonizando, concediendo... ¡Y suavemente, sabiamente, serenamente, vigorosamente, con pulso poderoso de titanes, están imprimiendo el colosal impulso que ha de hacer que todo se revolucione dando una vuelta total el mundo!...



Tristeza é incultura

“El 1.º de Julio debe hacerse efectiva en Estados Unidos la rigurosa prohibición de la venta de bebidas alcohólicas; desde la cerveza, casi inofensiva, hasta las llamadas bebidas espirituosas. Una enorme masa de pueblo ha emprendido enérgica campaña para que tal disposición no llegue a cumplirse”.— “La Nación” — 10-II-19.

Y — como añade “La Nación” — no se trata de la defensa de los derechos individuales, ni de una campaña de comerciantes e industriales: es incultura y tristeza.

Y agrega “La Nación”:

“Era necesario, al lado de esa prohibición categórica, dar a esa enorme masa triste e inculta otros excitantes que sean saludables; mucha escuela, mucho arte a su alcance, mucho deporte al aire libre y también mucho amor y más justicia”.

PERO hay que decirlo todo:

Esa tristeza e incultura es lo mismo el mal de los de arriba que el de los de abajo.... Y el mundo entero, en un embrutecimiento de beodo, se deja arrebatar por aberraciones de desamor y de injusticia...

Vemos por las actuales revoluciones, que

los de abajo, cuando suben, son como los de arriba.

Vemos en las miserias humanas — pasiones, vicios — que los de arriba, cuando bajan, son como los de abajo...

¿En qué constelación humana brillarán aquellas tres estrellas redentoras: templanza, amor y justicia?

Hoy por hoy se enseñorea del mundo la cerrazón de una negra noche de eso: de tristeza y de incultura.



Los viles intereses

SEGÚN manifestación general de una gran parte de la prensa de Nueva York, los ideales redentores del presidente Wilson dejan establecido el modo de ver de no escasa parte de los ciudadanos de la Unión, “sobre todo de los que se hallan desvinculados de intereses especulativos”.

Esos ideales de los hombres desinteresados, tienden a la realización de una paz es-

table por corrientes de conciliación de altruismo y de renunciación.

Pero...

“Los diarios reconocidamente adversos al presidente Wilson, dicen que éste deberá rendir cuenta detallada al país, una vez que concurra al congreso a exponer su actuación en Europa, y tendrá que explicar a título de qué mandato ha postergado el interés particular del país en provecho de principios de proyección general.

Estos diarios entienden, que si bien el concepto moral de los Estados Unidos en realidad no ha sufrido menoscabo de ninguna especie, en cambio la utilidad material no saldrá muy beneficiosa de toda la gestión del Presidente, quien, una vez alejado de Washington, parece que se

olvidó de su misión presidencial, para concretarse a sus aspiraciones de simple ciudadano”.

La guerra ha sido, y será siempre, guerra de codicia y de utilidad material y de intereses especulativos...

¿Se inclinarán los hombres al altruismo y al desinterés — única orientación de paz — en todo el mundo — o serán tan ciegos que desatarán con sus locas ambiciones la furia justiciera y terrible de las eternas víctimas?

Fueron y son los viles intereses la manzana de la discordia... Hombres: ¿no habrá un medio de matar los viles intereses? Hombres: ¿no podríamos abolir toda riqueza individual?

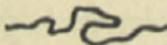
El obstáculo de toda obra redentora son los intereses especulativos...

Los hombres eminentes del mundo se afanan en la generosidad y los hombres-buitres están inquietos... A los buitres les engorda la guerra...

Los especuladores de todo el mundo encarecen la vida de manera insoportable.

Los diarios de París ponen en evidencia la falta de patriotismo de los comerciantes poco escrupulosos “que no tienen en cuenta para nada el heroísmo de la población francesa, que tanto en las trincheras como en el hogar, ha soportado estóicamente todas las privaciones y que no merece que se abuse de su paciencia, explotándola en forma tan abusiva”.

Las fuerzas aliadas han salvado al mundo de la tiranía germánica; pero no será completa su obra si no se constituyen, esas fuerzas, en fuerzas permanentes de paz y de justicia en todo el mundo para batir, como a los peores enemigos de la paz, a los fariseos y mercaderes.



Derecho de quejarse

RECONOZCAMOS este derecho.

¿Qué menos, que poder quejarse, ha de permitirse a los que tienen que sufrir o se tienen que fastidiar?

En nuestra tiranía con los que están supeditados a nosotros, no solamente queremos ser complacidos, servidos y obedecidos, sino que ésto sea con agrado y amabilidad. Y es mucho pedir. Todos nos quejamos de infinitas cosas; justo es que reconozcamos a los demás el mismo derecho de quejarse.

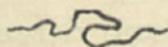
Exclamamos indignados:

“Rezonga la sirvienta porque hemos retrasado la cena y porque se ha acostar un poco más tarde o porque los chicos ensucian lo que ella va limpiando; rezonga el vendedor ambulante por nuestro regateo o porque le hacemos esperar demasiado a nuestra puerta; se impacienta el sastre porque nos remiramos demasiado en la prueba, y se nos queda mirando el barbero, con impertinencia, porque nos paramos en pelillos... Y, así todos”.

¿Pero qué más hemos de pretender que la paciencia contenida de los que nos sirven?

Ellos se recargan en su pequeña tarea; ellos pierden su tiempo; ellos tienen su amor propio....

Démonos por satisfechos con que nos sirvan, mal que bien, y concedámosles el **más** insignificante derecho, reconocido desde que el mundo es mundo: el derecho de quejarse, o lo que es igual, el derecho al pataleo.



Nuestro internacionalismo

TODO el imperio germánico, todo el imperio austro-húngaro, Turquía, Bulgaria... Pueblos infinitos, millones y millones de seres humanos, van a ser aplastados, aniquilados, sometidos, tiranizados, esclavizados...

Y esto es lógico: esos pueblos se habían alzado con el propósito de someter, tiranizar y esclavizar al mundo entero...

¡Pero eran los propios pueblos los que

acariciaron y proyectaron y pusieron en vías de ejecución tal aspiración inhumana y bárbara?

No! rotundamente no! Los pueblos no son nada. El concepto "pueblo" es el más irreal de las abstracciones.

¿Entonces lo fueron los individuos que forman esos pueblos?

Los individuos tampoco, porque **los** es en este caso tan indeterminado y tan abstracción como **pueblos**.

En primer lugar los pueblos son arrastrados a las guerras y a otras imbecilidades. Y mejor dicho que arrastrados, diremos arreados.

Así, que tendremos que quienes acariciaron y pusieron en práctica el inhumano y bárbaro proyecto de esclavizar al mundo, no fueron ni esos pueblos, ni los individuos de esos pueblos, sino unos cuantos individuos.

Y estos cuantos individuos son los que debían de pagar su delito.

Pero no será así porque (¡lo primero!) hay mutualidad de respeto entre ciertas clases preeminentes de los que arreean a los pue-

blos, (los lobos no se muerden) y tampoco, en razón a que nada se evitaría quitando de en medio a estos cuantos individuos por la semilla y raigambre que quedaría, infestando al mundo, de esta mala hierba de arrea-dores que poco tardaría en reproducirse.

Se puede vociferar “¡Fuera patrias!” “¡Fuera pueblos!” “¡Fuera fronteras!” “¡Viva el internacionalismo!” Es un recurso, bien inocente, por cierto.

Pues va a quedarse todo en vociferar...

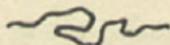
Y los pueblos de los imperios centrales (¡tristes pueblos!... ¡Tristes como Bélgica, Servia, Polonia, Norte de Francia &^a.) sufrirán el bárbaro azote de la guerra... de su guerra y de la guerra de los otros que caerán sobre ellos como ellos pensaban caer victoriosos sobre los demás... ¡Ay de los vencidos!

Y en esos pueblos conquistados solo podrán vivir los dominadores... En esos pueblos, los vencidos, marcados con el estigma fatal, sufrirán toda clase de expolios y de vejaciones y de torturas... porque, no dudarle, esta guerra, es el prólogo de la más

infame y sorda y sañuda guerra del mundo, que comenzará entre las razas cuando se haga la paz de esta guerra.

Y a cada hombre (no a los hombres, ni a los individuos, ni a los pueblos) a cada hombre de paz, invitamos a poner en práctica, sin violencias, el verdadero internacionalismo: mezclémonos todos, emigremos de unos países a otros, cambiémonos de tierra y de patria, crucemos sangres y castas y olvidemos el origen, ¡seamos todos unos!

Y a pesar de esta guerra, prólogo de la otra de la paz, de la otra futura guerra-infierno; a pesar de que haya pueblos vencidos y aplastados y sometidos al yugo, cada hombre de esos pueblos y de los demás pueblos, si practica nuestro internacionalismo, será redimido de la esclavitud de los hombres, y cada hombre será libre.



En paz

NUEVA YORK, 26-VI-19 (Havas) — Los corresponsales norteamericanos, dicen que la opinión general en Francia e Inglaterra, es que la firma no permite descuidar la vigilancia, pues los recientes acontecimientos, tales como el hundimiento de los buques alemanes y la destrucción de las banderas francesas tomadas durante la guerra del 1870, demuestra que no se puede te-

ner la menor confianza en la sinceridad de Alemania.

¿SE podría obtener la paz universal poniendo en práctica activamente por la Liga de las Naciones un sabio cosmopolitismo?

A pesar de los tratados de paz, persiste el espíritu de ribalidad, de represalias, de odio, de venganza...

Alemania firma hoy la paz "por la fuerza", como ella dice y Francia "no se fía".

Se llenan unas condiciones de paz y continúa una guerra latente.

Para Alemania no tienen valor los tratados.... Habrá paz mientras Alemania sea débil.... ¡Ay de la paz, en cuanto se rehaga y sea fuerte!

La mayoría de los pueblos van a la guerra arrastrados por sus reyes, por sus gobiernos.... Alemania no: Alemania es toda un soldado que ha soñado y soñará con llegar a vencer al mundo entero.

Mientras exista un pueblo así y persistan las nacionalidades tan determinadas y anta-

gónicas, no habrá paz en el Globo.

Pensamos si sería posible llegar a grandes eras de paz haciendo desaparecer sabia y humanitariamente las nacionalidades, entremezclando y fundiendo, en el molde de una Humanidad nueva, los pueblos, las razas, los intereses generales y los idiomas.

Es un absurdo que los pueblos se maten en disputa de intereses que son tan de los contrarios como suyos, saliendo a la postre perjudicados todos los que pelean y hasta los que no pelean, puesto que hoy, en la práctica, dado el encadenamiento universal, ya no existen los intereses particulares, sino los generales y humanos de todo el mundo.

Pero estamos viendo que los pueblos no salen ni saldrán de ese absurdo por discernimiento. Es muy escaso el porcentaje de los hombres reflexivos; y los que no lo son no tienen la culpa, han nacido, no se han hecho ellos a sí mismos.

Si tenemos fé en el progreso, hay que tratar a estos hombres científicamente para mejorarlos, siguiendo los procedimientos de cruce, injerto, asimilación, adaptación, etc., co-

mo haríamos en las plantas y en los animales, para afinar y mejorar las especies.

Nada de procedimientos violentos ni decisiones inhumanas; al contrario: una perseverancia científica generosa y altruista, pero práctica y eficaz.

Si creemos que el progreso es algo que merece la pena de que pongamos en él las aspiraciones e ideales humanos; si vamos a la conquista de las regiones salvajes y a la civilización de los pueblos bárbaros (indios, negros, marroquíes), lancémonos de una vez a la conquista y civilización del hombre blanco y salvaje.

Pero no vayamos a esa conquista con el pavor de la guerra y de la muerte, sino con el optimismo y el alborozo de la paz y de la vida.

Ha llegado la paz y este es el momento.

Los alemanes, siguiendo sus programas, si hubieran triunfado, hubiesen germanizado el mundo entero, tristemente con procedimientos de guerra.

Bueno: puesto que los vencedores son los contrarios, sígase procedimiento contrario

también, absolutamente paralelo, desgermanizando al mundo entero con procedimientos de paz.

Muchos miles de soldados americanos, de las tropas expedicionarias, se han casado en Francia, de estos matrimonios nacerán hombres y mujeres menos arraigados a la nacionalidad...

Miles de hombres de todas las razas y por esta larga duración de la lucha, han hecho comunión de ideales en una santa conflagración y confusión de las lenguas...

Los mismos viles intereses, manzana de la discordia, saldrán tan mezclados y confundidos de este cataclismo, que no se ven otros arreglos que fusiones cosmopolitas de industrias y de finanzas...

Todo nos marca bien claro el camino que debemos seguir de un cosmopolitismo sensato que tienda a una gloriosa "Cooperativa de Bien Universal".

Ya ha firmado la paz el pueblo germano "a la fuerza".

Pues como en paz "a la fuerza": No lo dejemos en paz, aislado llorando su desgra-

cia y acariciando planes vengativos.

Estemos a su lado con el gesto viril del vencedor generoso pero no confiado, y ayudémosle a levantarse y a restañar la sangre.

Y mientras le ayudamos y curamos, tratemos de establecer aquel contacto, aquella simpatía de la vida en común.

Llévese a cabo por todos los pueblos ribales de Alemania una penetración pacífica en ella... y más cuanto más ribales...

Penetración de negocios, de industrias de arte, de ciencia...

Penetración de idiomas: escuelas, academias, institutos internacionales.

Penetración de hogar: cruce de la raza, matrimonios, inmigración de juventud. amor, mucho amor...

Solamente una conflagración de amor puede hacer que este pobre mundo se relaja de la abominable conflagración del odio que debe acabarse hoy día de la paz.

Y al mismo tiempo que se lleva a cabo esa penetración pacífica en el territorio enemigo — ¡y enemigo, pese a la paz! — ábranse también a la Alemania vencida te-

das las puertas del mundo...

Y si la Alemania vencida, todavía uraña y rencorosa, no quisiera dejar su guarida de acecho y de amenaza para todos, oblíguesela con una guerra de paz de tratamiento científico rigurosamente aplicado.

La libertad de los individuos debe acabar cuando amenaza la de los demás, y los pueblos no son ni más ni menos que individuos en la sociedad universal de los pueblos.

La Liga de las Naciones, desde hoy que comienza la paz, tiene el deber de obligar a los pueblos a conducirse como en paz: libres, pero semetiéndose a la concordia del mundo entero, por la propia libertad y por la de todos.

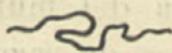
Y la concordia del mundo aconseja una fusión entusiástica de razas, de pueblos, de idiomas, de intereses materiales, de idealismos...

¡Nada de teorías utópicas!... ¡A la práctica de la divina fusión de cuerpos y de espíritus! ¡Nadie quede en su tierra! ¡Mez-

clémonos en el regocijo de un inconcebible rigodón universal para celebrar la paz del mundo!



Y efectivamente: esto era hace dos años, la Liga de las Naciones no ha podido hacer nada y, frente a la Alta Silesia, Francia e Inglaterra se enseñan los dientes, y Alemania en su guarida afila sus uñas. Los hombres son una bendición.



Base social,
un sano individualismo.

EXISTEN infinidad de personas que se preocupan de sus sagrados deberes colectivos, olvidando sus más sagrados deberes individuales. Y estas personas que son, generalmente, empleados públicos, y políticos de oficio y religiosos de oficio — que es como decir vividores — se distinguen, especialmente, en ser, a su modo, muy patriotas. Estas personas encuentran muy natural el vivir del presupuesto, de la colectividad... Por eso son muy colectivistas. Y es gracioso que muchas de estas personas piensan

que son útiles y necesarias y viven con la conciencia muy tranquila, sin saber ni haber medio de que comprendan que son unos verdaderos detentadores de agenos intereses.

Para la organización social moderna, habría que enseñar, muy a machamartillo, que no es patriota nadie ni útil colectivamente, si no produce: producir en su acepción más rigurosa.

Y solamente los que cumplan este sagrado deber individual serán garantía de sanas colectividades y buenos patriotas.

Cumplamos individualmente, seamos estrictos individualistas, y habremos salvado el orden social.

La salud de un sano individualismo ha de estar en la justicia: seamos individualistas justos.

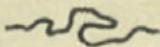
Porque en la sociedad actual impera un perverso individualismo (no un sano individualismo), egoístamente feroz, que se disfraza con teorías conservadoras de orden y nacionalismo, y que se apoya en las leyes y sistemas, hoy en vigor; leyes y sistemas que

solo sirven para la impunidad de los fuertes.

Y en alta moral ya es un delito, por lo menos una condición dañina y peligrosa, la de ser fuerte.

Los fuertes, aún los bondadosos e inocentes, sin darse cuenta, oprimen a los débiles y los revientan.

Y un sano individualismo debe ir, por lo menos, contra los que son fuertes apoyados por la manada.



Huyendo del mundo

¡OH, el mundo! En su pequeñez es muy grande... ¡Discorde, absurdo, idiota!... ¡qué confusión!

Huyamos del mundo y vivamos, sólo, nuestro pequeño mundo: algún amigo, una mujer — si hemos tenido suerte al buscarla, — una docena de libros — de los pocos que merecen la pena de ser leídos, — un perro, un gato, gallinas, conejos, caballos, — unos pocos animales, en fin, a falta de mejor sociedad — ¡y muchas plantas! Eso sí,

muchas plantas, porque son bellas y porque sufren nuestras coces discretamente y sin decir palabra.

En este pequeño mundo también es posible que encontremos deplorables reminiscencias del otro; nos queda, entonces, el recurso de recluirnos en otro pequeño mundo que formaremos dentro de nuestro propio ser... Pero reconozcamos que también este mundo suele adolecer de iguales defectos que los otros mundos... Luego, ¡aquella soledad dentro de nosotros mismos!... Y cuando no estamos solos, ¡aquella contienda y desacuerdo con el propio yo!...

¡Oh, el mundo! En su pequeñez es muy grande... ¡Pero no haremos bien — mejor que huir de lo que va en nosotros — en dejarnos llevar por la revuelta corriente de lo discorde, de lo absurdo, de lo idiota?



Aquella muchacha

NO me cabía duda: la patria de “aquella muchacha” había de llamarla un día “gloria de las letras nacionales”, “princesa de ingenios”...

Y sin llegar ese postrero, lejano día, ya sabían todos, y lo sabían mejor los más cultos y sentimentales que “aquella muchacha” era ya, sin esperar a entonces, quizás la poetisa más grande y sutil en sentimiento femenino aparecida en todos los tiempos en el idioma de su pueblo, que era el idioma de muchos otros pueblos...

Y un día, en aquella lengua de su pue-

blo (que vendría a ser si no la primera, puede que la segunda lengua en todo el mundo) quedarían inmortales, en letras de oro, los versos de “aquella muchacha”...

Sin embargo, “aquella muchacha” no era más que una insignificante maestra de escuela (toda la ayuda del Estado) y redactora oscurísima y anónima en un gran rotativo, donde figuraba con un apagado pseudónimo, (aberración singular) cuando podía haber figurado con su nombre propio que ya resplandecía...

Y “aquella muchacha” nos decía:

“He luchado desesperada (enfermedades, vicisitudes de familia, encono de la mala suerte y de las personas) persiguiendo la estabilidad económica... Estoy rendida, necesitaría descansar... ¡y cómo!... ¡Mi aspiración? Vivir tranquila en mi casita, despreocupada del constante problema del pan de cada día, y entregarme a mi sabor a mis aficiones literarias: necesito reposo, tranquilidad de espíritu, tiempo y libros... ¡Ni para comprar libros tengo!

Me llegó la puñalada al corazón... (Her-

mana mía, desvalida!) y arrugando el entrecejo renegué... ¡Gente idiota! Tanto dinero tirado estúpidamente y aquella "gloria de las letras nacionales, aquella "princesa de ingenios" padeciendo escasez y decepciones y amarguras, para eso: para que su país, indiferente ante la vida triste de "aquella muchacha", se llene luego de gloria con su nombre.



Y así como "aquella muchacha" había otros escritores y otros artistas y otros hombres y mujeres de talento...

Y esto no solo ocurría en aquel país, sino en el mundo entero...

Y pensé, melancólicamente, en que había trazas de que la orfandad del mundo fuese una cosa efectiva...

¡Oh, cuando la gran poetisa Alfonsina Storni le dice a un león enjaulado!:

Alguna vez te he visto durmiendo tu tris-
[teza,]

la melena dorada sobre la piedra gris,

abandonado el cuerpo, con la enorme pereza que las siestas de fuego tienen en tu país.

Y sobre tu salvaje melena, enmarañada, mi cuello delicado sintió la tentación de abandonarse al tuyo, yo como tú, cansada de otra jaula más vasta que la tuya, león.



El grito de lo que somos

TODA la cuestión se reduce a esto:
¿Puede — lo que llamamos una sana teoría — reformar al individuo?

Posiblemente no hay nada que pueda cambiar el carácter, el temperamento.

Cuando encontramos quien se convierte a nuestra doctrina, quizás no es que se convierte, sino que descubre que somos como él o que él es como nosotros.

Nos parece que, más que de hacer prosélitos, se trata de descubrir a nuestros prosélitos o congéneres...

Y nos parece que, más que de llevar a nadie a la convicción, predicando esto o

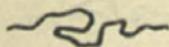
aquello, se trata de salir gritando por el mundo:

“¡Yo soy así y asao!”... para que vayan saliendo y haciendo pandilla con nosotros los que tengan nuestra misma manera de pensar y de sentir.

Y será lo natural:

Al aullido del lobo responderá el lobo, y el león al rugido del león, y el perro al ladrido del perro, y la oveja al balido de la oveja, y el cerdo al gruñido del cerdo, y la serpiente al silbido de la serpiente... Y si somo aves, responderá la tórtola a la tórtola, el pardillo al pardillo, y el ruiseñor al ruiseñor.

Os digo, hombres y mujeres, que os pongais a escuchar los gritos de la naturaleza y observeis claramente qué grito, dentro de vosotros, responde a esos gritos... Porque puede suceder que penseis que sois leones y que resulte que respondeis al rugido de las hienas... o que penseis que sois lobos y que resulteis corderos...

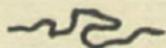


Orfandad de origen

NI más ni menos inteligencia, ni más ni menos bondad... Diferencia de conformación en los seres... "Cada uno es un mundo".

Hay momentos en que parece que uno vive muerto y que no tiene nada que ver con nada ni con nadie...

Entonces, es cuando uno experimenta la sensación de una absoluta orfandad de origen... Así como el haber nacido sin venir de padre ni de madre.



El derecho de vivir

Yo quería escribir unas líneas sobre el **derecho de vivir** y he salido a la calle en una de estas rientes mañanas de despunte primaveral.

Era domingo, verdeaban las islas en el ancho Paraná como generosas espléndidas esperanzas... *Cabrilleaba* el sol sobre las aguas rizadas por una perfumada brisa... En las ramas desnudas de los árboles reventaba la fecunda alegría de los brotes nuevos... Me sentía ágil, me sentía fuerte... A mi lado reían locamente unas jóvenes

hermosas, de senos estallantes, de rostros encendidos, de ardiente y retadora mirada... El cálido sol fustigaba mi sangre, la perfumada brisa sensualizaba mis sentidos, las armoniosas risas caían sobre mi alma como cascada de alegría, y, entonces, ví, sentí en todo, a mi alrededor, la afirmación más rotunda del **derecho de vivir**.

Pero, a la vuelta de mi paseo, me pareció que unos mansos resignados bueyes que tiraban uncidos al yugo de una pesada carreta, me interrogaban graves con su mirada serena:

—¿Pero esto es vivir?

Y a la pregunta de aquellos bueyes me pareció que contestaba el chasquido de un látigo que restallaba sobre los lomos de otras bestias.

Y, en esto, pasaron hacia los mercados los pescadores que llevaban su carga de aún espirantes lindos peces de doradas y plateadas escamas... y los cazadores que llevaban muertas cándidas palomas de ensangrentado plumaje que cayeron heridas al tender su vuelo por el cielo azul, y tórtolas que pa-

garon el tributo a la vida en el bello instante de su más tierno arrullo...

Y el coche de la asistencia pública pasó veloz con su alarmante campanilleo... ¡Conducía un hombre que desfallecía de hambre!...

¿Derecho de vivir?... ¡Oh, sí!

¿Pero quién garantiza este derecho, con una santa equidad?



La historia de mi madre

MI madre nació pobre, en su bella juventud trabajó de oficiala de sastre, luego se casó y parió diez hijos sacando adelante seis hasta la mayor edad, vió morir a su esposo tras una larga enfermedad en la mayor indigencia: mi padre ya no tenía sobre qué caerse muerto, yo ganaba unos cuarenta y cinco duros mensuales y le mandaba quince a mi madre con lo que tenían que sostenerse y atender al enfermo... No alcanzaba para darle caldo de gallina y le daban caldo de cabeza de carnero...

Mi madre ha tenido un hijo poeta — es

verdad — y no torpe, que ha hecho algún dinero con las mañas comunes y corrientes para hacer dinero. Gracias a estas mañas (no a la poesía) mi madre no ha perecido quedándose muerta de hambre y de abandono en un rincón como tantos otros pobres viejos que vinieron al mundo a eso: a trabajar para otros y a dar hijos para que trabajen también para otros... Ha tenido mi madre este hijo poeta, pero ha tenido también la amargura de los demás hijos poco afortunados que sufrieron trabajos de trabajar como bestias y trabajos de no tener trabajo y que pasaron hambres en las que ella los acompañaba y que emigraron en el montón de los más pobres a lejanas tierras acompañándolos ella también en la emigración... De estos hijos uno peleó en Cuba ¡por la patria! y ya licenciado se lo arrancaron de los brazos otra vez a mi madre para llevarlo preso al castillo de Santoña a las resultas de un sumario porque protestó con otros soldados de que los mataban de hambre, porque todo lo robaban los jefes... Y cuando a media noche la guardia ci-

vil golpeó la puerta de nuestra casa y arancó de los brazos de la madre al hijo, decían en el pueblo ¡y llegó hasta mi madre! que al soldado sedicioso, a mi hermano, lo fusilarían... Y mi padre estaba ya muy grave casi un año en cama y aunque la madre hubiese querido seguir al hijo no hubiese podido: ni un miserable céntimo había en la casa de Juan de Dios.



Parió mi madre diez hijos y vió morir a cinco: uno, su ídolo, su primer Pepe, de catorce años... otro ya casado, de los mejores, consumiéndose durante un año como una luz que se queda sin aceite...

“Me siento ir a fondo—decía este hermano mío—como un barco que se va a pique...”

Y mi madre ha seguido viviendo para eso: para penar. “¡Por qué ya no me llevará Dios!” ha sido una frase constante de mi madre, ante el dolor.... Pero Dios, padre nuestro, murió en la cruz... Y, si mu-

rió, ¿cómo ha de oírnos? Lo de la resurrección debió de ser un cuento... ¡Son tantas las señales de la orfandad de este mundo!...



Mi madre ha seguido viviendo, posiblemente, para llegar a tener la desgracia de ver a otro hijo, preso, por un homicidio... Y mi madre, arrastrando sus ochenta años, ha ido los días "de visita" a la cárcel, ante aquel locutorio de espeso enverjado a través del que se oye la voz sin ver las caras, como si los presos ya estuviesen en otra vida...

Después mi madre ha tenido un ataque y ha quedado medio paralítica: camina difícilmente apoyada en "su garrota" y sus palabras son amenudo incoherentes. La máquina cerebral anda trastornada: se ve que entiende y que siente pero son pocas las palabras acordes... Persiste en ella y pronuncia muy bien "¡Hijo mío!" Persisten en ella algunos términos apasionados y lo más vivo de ella, ya casi muerta, es el sentimiento ma-

ternal. Hoy lo ví más claro que nunca.

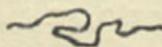
Parece que el trabajo cerebral se va adormeciendo en ella, pero al herirle ciertas fibras se le despiertan los más entrañables recuerdos. Al hablar hoy delante de ella, yo con un hermano mío, de visitar al que está preso, se despertó en ella, desgarrador, el triste recuerdo, que sin duda dormía, y empezó: “¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Pobretico! ¡Por su desgracia! ¡Pobretico!!...”

Y el sentimiento maternal, vivo, desbordante, hacía salir sus palabras, claras, entrañables, como si del corazón le viniera fuerza a su lengua que ya casi no pronuncia...

Y sus ojos que ya casi no lloran, porque ya casi no discurre, hoy se le arrasaron de lágrimas que le corrían por su cara, que es una pura arruga...



Y esta es la historia de mi madre y la de tantas madres...





MI MADRE

© Ayuntamiento de Murcia

83 AÑOS.

En pos de la fórmula

HAY veces que me parece que el goce de la vida (¿la felicidad?) está en la intensidad del vivir y de la inquietud: el dolor, el obstáculo, la tribulación, la lucha...

Observo que el inconsciente se entrega por instinto a esta fórmula.

Al consciente no le queda otra fórmula, tampoco, cuando reflexiona sobre la insignificante y pasajera realidad de la calma anodina de todo estado de estoicismo y sensatez.

Y, sin embargo, todos, el inconsciente y el consciente, protestamos descorazonados,

de tanto dolor y obstáculo, de tanta tribulación y lucha.



Todo está en la vida material.

Tenemos la fórmula mientras tenemos energías físicas: juventud, sangre, estómago... De esa fuerza física salen los sueños, las idealizaciones extrahumanas, la filosofía y la poesía...

Cuando nos faltan la juventud, la sangre, el estómago, todo nos parece estúpido: lo material y lo inmaterial... y exclamamos:

“¡Teorías, teorías, teorías!... ¡Nada! nada!: ¡Sangre! estómago! riñones!

¡Cuando se acaba ésto, se acaba todo!”



Lo más estúpido es que yo muchas veces me lamento y me considero desdichado, si tengo en cuenta algunas contrariedades: falta de independencia, deseos no realizados,

sueños que se desvanecen... o bien épocas pasadas de esclavitud, de humillación, de privaciones... Sin perjuicio de reaccionar en seguida diciéndome a mí mismo o prorrumpiendo delante de los míos: "¿Pero de qué me quejo? ¡Qué estúpido soy!

¿No son otros infinitamente más desdichados? ¿Qué fatigas materiales pasamos? Casi ninguna. ¿No tenemos nuestra camita limpia y abrigada? ¿No comemos cuanto queremos, hasta llenar la tripa, y, a veces, hasta pedir auxilio a una píldora digestiva?... ¡Vamos! ¡No sé lo que queremos!

¿Y los desdichados que trabajan como bestias y que no pueden mudarse de ropa limpia y que pasan hambre y la ven pasar a sus hijitos?

¿Que nosotros también sufrimos, que vemos a nuestra madre viejecita, postrada, paralítica, consumirse y extinguirse porque toda se dió en fruto maternal, porque parió y amó sus hijos?

¿Que a nosotros se nos parte el corazón viendo a nuestra nietecita, pese a todos los médicos y cuidados, ahilada en una fiebre

que se la lleva, con un quejido y una mirada triste que nos abruma y desespera, porque parece que se nos va de entre las manos, pese al cariño desesperado que quiere retenerla y arrancarla de las manos de la muerte?

¿Que la compañera del hogar se nos ha ido a la otra vida y hemos visto nuestra casa sin aquella sombra y nuestra tierna hijita sin madre?...

¿Pero y lo que nos han removido y elevado todos esos dolores, dándonos, de su amargura, tiernos y dulcísimos frutos espirituales?

Nos quejamos de todo; somos unos tontos o unos locos de atar. ¡Pero si no cabe más felicidad que este sentir y vibrar, a cubierto las necesidades, y hasta en la angustia de las necesidades no cubiertas y en la incertidumbre de lo que nos deparará nuestra suerte el día de mañana!

¿Y el escribir esto? ¿Y el recoger estos latidos de nuestro corazón y estos chispazos de nuestra inteligencia, no es una felicidad?

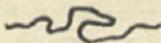
¿Pues no nos han de leer las gentes y se han de quedar pasmadas?

¡Oh la felicidad de la vanidad satisfecha!... ¡Qué estúpidos somos!”



No hay duda que la vanidad humana es también una especie de estómago que necesita de vez en cuando alguna píldora digestiva.

¿Será la fórmula la de las píldoras digestivas, morales y materiales?



No me digas qué piensas,
sino dime qué sientes.

Diario de Tolstoi,

21 Marzo 1898 - Moscú.

Pero ¿dónde acaban los malos y empiezan los buenos, o cuando menos los inofensivos?

(20 de Febrero 1897, Nikolskoje 7 de la tarde)

Nada contribuye más a la inesperada, y a veces inexplicable confusión de conceptos, que la fe en las autoridades. Es decir, la fe en la infalibilidad, veracidad y belleza de ciertas personas o de ciertos libros y obras de arte.

LA razón y el instinto son incompatibles. Hacer un esfuerzo de razón y dominarse, necesita el hombre, para ser dueño de sí

mismo y proceder correctamente.

Entre los hombres y mujeres más cultos se podría encontrar un porcentaje insignificante de personas que se dominan y proceden sensatamente. Los más razonables, poquísimas veces armonizamos nuestra conducta con nuestras ideas, ni con otras ideas buenas de otros.

Además, la razón es una cosa circunstancial que no es incommovible ni permanente. Hay cosas, por absurdas que parezcan, que tienen "su razón de ser". Cada cual puede tener la razón "desde su punto de vista".

Con la convicción de todo esto y ante el cuadro del mundo nos descorazonamos.

El mal viene de la incompatibilidad. Hagamos compatibles las cosas, "entendámonos", y tendremos, en esta fiera lucha, un momento de reposo, de descanso, de armonía y de bien.

Pero no pretendamos hacer las cosas compatibles en lo que llamamos "campo de la razón", ni menos, compatibles con nuestra razón, porque difícilmente nos entenderemos.

mos.

Para entendernos, buscaremos la compatibilidad de las cosas entre sí, de las necesidades y de los instintos.

En esta lucha de la vida hemos levantado, unos y otros, fortalezas terribles y casi inexpugnables que mantienen en estado latente la feroz incompatibilidad humana. Estas fortalezas, que son incontables, tienen diversos nombres: "Moral", "Derecho", "Raza", "Religión", "Civilización", "Nación", "Cultura", "Decencia", "Buen gusto"...

Una de estas fortalezas, de la que aparece copia multiplicada por todas partes, es la del tan vociferado y tan cacareado "respeto humano". Pero, desde esa fortaleza, el respeto humano se impone siempre a tiros y, cuando se dice "respeto humano", no es que nos proponemos tener ese respeto a los demás sino obligar a los demás a que, por la fuerza, nos respeten.

Las revoluciones se han hecho, casi siempre, a base de ideales, de ideas, de razón y de razones, cuando debían de haberse he-

cho a base de instintos, de necesidades, de razones de carne, y no de imaginaciones.

La revolución rusa, como todas, habría sido provechosa, si no hubiera, dentro y fuera de Rusia, tantos enemigos combatiendo la revolución, encastillados en las fortalezas de la **Propiedad**, de las **Clases sociales**, de los **Intereses sagrados**, etc. etc. Y si no hubiera también tantos combatientes encguecidos en las fortalezas de la **Democracia**, de la **Demagogia** y de la muy gritada **Libertad**, tan mal sostenida por los que más pretenden defenderla.

Lo peor para la vida y para el mundo es un estado de inestabilidad y de incompatibilidad.

Los pueblos conservadores no consienten en el globo pueblos anárquicos, ni los pueblos civilizados pueblos salvajes, ni los pueblos de una religión a los de otra, ni los pueblos blancos a los pueblos amarillos o negros...

Todo son nuevos castillos que encarnizan la eterna batalla: **Vida social**, **Jeraquías**, **Progreso**, **Creencias**, **Fronteras**, **Idiomas**, **Co-**

**lor de la piel, Narices de garfio, Ojos obli-
cuos, Pelo anillado** ¡Un horror!

Se puede vivir en la estabilidad de un estado por absurdo que sea, y no se puede vivir en la inestabilidad de un estado razonable y establecido a base de ideales puros y sensatos. Viviremos bien en un país de jerarquías y de reyes y de ceremonias y de valores convencionales, haciendo algún esfuerzo por adaptarnos a ritos y costumbres. Y no viviremos bien en un país revuelto y desorganizado a título de vida democrática y de igualdad y libertad.

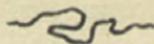
Abolir la propiedad para ser todos propietarios es el ideal... ¡un verdadero ideal! ¿Pero cómo demoleremos la propiedad individual y edificaremos la propiedad de todos? Lo de todos es la idea abstracta, el ideal, la flor de la razón... Y frente a la razón, uraño, fiero, desconfiado y siempre salvaje, está el individual instinto: necesidades, pasión, vicio de naturaleza, lo que sea.

Hay que prescindir de la razón banderiza siempre levantisca y en pugna con al-

go; y no hay más vía posible de redención para la humanidad que una aproximación, no por ideas imaginarias, sino por necesidades, que son ideas tangibles y de carne y hueso.

Hemos invocado ideas, hemos echado mano del santocrísto de la Razón; no tenemos razón alguna: tenemos necesidades y preocupaciones, como las tienen los demás, unas y otras propias de naturaleza. Trátemos de identificarnos, no en ideas, sino en necesidades y aberraciones y absurdos....

Y para aproximarnos los unos a los otros, no preguntemos a nuestro prójimo: "¿Qué piensas?", sino: "¿Qué sientes?"

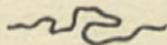


Humanidad

HAY grandes naciones que invocan, según sus conveniencias, el gran ideal de Humanidad y de progreso humano.

Estas naciones se lo deben todo a la reciprocidad humana en ideales generosos realizados; estas naciones se lo deben todo a los viejos pueblos que les dieron origen y vida, hasta que ellas, ya mayores de edad, se emanciparon... y estas naciones, como los hijos descastados y egoístas, niegan su apoyo a los padres viejos.

Desde el punto de vista humanitario, no podemos negarnos los hombres a los hombres, ni los pueblos a los pueblos, o es hipocresía y mentira ese ideal de Humanidad, tan invocado por los hombres y tan pocas veces consagrado en una pura realización.



Convivamos

Londres, 8-6-20 (United Press)
Hablando en la cámara de los comunes sobre el asunto relacionado con las negociaciones con Rusia, el primer ministro Lloyd George, dijo:

“Todos los aliados han convenido en que el comercio es necesario y han convenido negociar con los delegados rusos aún cuando no hayan relaciones diplomáticas hasta que las atrocidades hayan cesado.

Es obvio que Rusia es neces-

ria a Europa. Antes de la guerra, esa nación proveía de un 25 por ciento del alimento importado de Europa. En vista del peligro de una escasez mundial alimenticia, es pues necesario reanudar las relaciones.

He recibido informaciones de Polonia, manifestando que una gran cantidad de trigo en Ukraina solamente, se halla listo para la exportación y que también se dispone allí de otros cereales, petróleo, maderas y demás productos.

Debemos reorganizar su transporte. No hay precedente para la declaración que alega que porque nosotros aborrezcamos al gobierno de un país, no vayamos a negociar con el mismo país. Debemos tomar a ese gobierno como lo encontramos''.

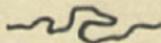
Lloyd George ridiculizó la idea de aplastar al bolshevikismo, lo

que costaría cientos de millares de hombres y millones de libras”.

(“La Capital”-9-6-20).

Sí: nosotros necesitamos “su” trigo y ellos “nuestras” locomotoras.... Nos falta lo que les sobra... lo que nos sobra les falta...

Razones, ideas.... no! En eso creíamos; en redentoras razones y en ideas de acercamiento... No! Los gritos de la razón han de ponerse al unísono con los gritos de la carne hambrienta y temblorosa de frío.... Y han de acercarnos las locomotoras y el trigo redentor... ¡Hostia Santa, pan nuestro, trigo rodeado de las llamas de la guerra, Dios te guarde!



Dios enojado

HARTO difícil, pero, por fin, pudimos hablar con Dios.

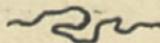
—Señor, es invierno y hace una temperatura impropia: se siente calor, llueve demasiado, se anticipa la floración de los frutales, luego vendrá la helada tardía y lo perderemos todo... Las lluvias persistentes retrasan las labores de la tierra, no podremos sembrar... Arregla mejor las cosas, Señor...

Y Dios dijo:

—Sois los hombres los únicos en quejarse... Sois una familia descontentadiza.

Aprovechad los elementos y las cosas como vienen; os he dado recursos para todo. Lo que sucede es que no os entendeis. Si el invierno es primaveral, tomadlo como primavera. No trabajéis, no sembréis, si no es adecuado; la abundancia de otros años os asegura reservas. Cada uno de vosotros quiere acomodar, a su modo, las cosas y los elementos. Los demás séres son más razonables. Las golondrinas y otros pájaros emigran a las zonas templadas; muchos cuadrúpedos se trasladan en busca de verdes praderas; los peces descienden si descienden las aguas, y las mismas aguas manifiestan sensatez; son turbias o claras, tumultuosas o tranquilas, según la naturaleza del terreno, y, cuando un obstáculo las detiene, reposan, esperan, y van subiendo, sosegadas, hasta que rebasan el obstáculo, y corren libres, nuevamente... Hombres: podeis correr por la tierra más que todos los cuadrúpedos; podeis navegar por los mares más que todos los peces; podeis volar por los aires más que todos los pájaros... Y podeis ha-

cer la luz en las tinieblas, y hacer el calor y hacer el frío... Podeis hacer que florezcan las plantas tropicales en los países de los hielos y podeis paralizar la savia pujante en las tierras cálidas... Podeis... ¡lo podeis todo, hombres! Es cuestión de un poco de velocidad, y llegareis a correr tanto como el sol en su carrera diaria... Vuestra voz cruza los más anchos oceanos y llega al oído de vuestros semejantes... Vuestro pensamiento hace el viaje de las rutas infinitas... ¡Y os quejais todavía, hombres!... ¡Sois unos idiotas!



Queriendo justificarme

TRATO en mis libros de darme tal y como soy. A falta de la eficacia y seguridad de mis ideas, puedo ser un caso para el observador.

Estoy leyendo "Clerambault", de Romain Rolland, y "Palabras de un combatiente", de Enrique Barbusse. Encuentro confirmadas en estos libros muchas ideas mías y esto me consuela: ¿de qué? Del dolor de mis ideas: me duelen al sentirlas ante la vida social tan distinta de ellas, y me duelen temeroso de que les duelan a los demás... Y, pese a este temor, la única vía redentora que veo, para el mundo, es la de hacer compati-

ble con las ideas lo más bestia y lo más negado a todo razonamiento y sentimiento.

Vicente Medina



Una crítica es la más noble de las operaciones que sea capaz de cumplir nuestro espíritu. Por ahí han dado principio a su empresa los más altos pensadores. Uno puede emprenderla sin frases y sin álgebra filosófica, sirviéndose simplemente de la sinceridad....



No conviene que los escritores estén con los utopistas. Demasiado a menudo lo han estado, y demasiado lo están todavía. Demasiado a menudo han merecido los pesados reproches que les han sido dirigidos, de visionarios y fantaseadores con pretensiones de conductores de almas. Demasiado a menudo los hombres positivos, anhelantes de vida seria, enérgica y activa, se han apartado, sonriendo desdeñosamente, de los hacedores

de versos, de cuentos y novelas.



Honra a su país quien proclama que la causa de los sufrientes y de las víctimas no está circunscripta por líneas geográficas, que la verdad no tiene dimensiones ni límites. La justicia en ninguna parte se equivoca... El ideal al ensancharse se embellece...

ENRIQUE BARBUSSE

“Palabras de un combatiente”



La Humanidad necesita que quienes la aman le hagan frente y que, cuando es preciso, se rebelen contra ella. No la servireis falseando vuestra conciencia y vuestra inteligencia a fin de adularla; pero sí defendiendo su integridad contra sus abusos de poder. Vuestra voz es una de sus voces, y vosotros si os traicionais la traicionais.

ROMAIN ROLLAND

“Clerambault”

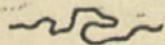
Sobre la paja caliente y unos pedazos de manta, sujeto por una cadena, temblaba de frío un joven macaco. Su talla era la de un niño de cinco años. Su rostro lívido, su frente arrugada, sus labios delgados, indicaban una tristeza mortal. Alzó sus ojos amarillos para dirigir al visitante una mirada potente aún; luego, con su manecita enjuta cogió una zanahoria y después de acercársela a la boca la tiró. Ya no miraba a los recién llegados; agachaba la cabeza como si nada esperase de los hombres ni de la vida, y encogido, con la mano en la rodilla quedóse inmóvil; de cuando en cuando una tos seca sacudía su pecho.

—Se llama Edgardo — dijo la chiquilla —
Quieren venderlo, ¿sabe usted?

El señor Sariette desconcertóse, entristecido, ante aquel rostro casi humano, que la tristeza y el sufrimiento humanizaban más.

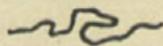
ANATOLE FRANCE

“La Rebelión de los ángeles”.



Otra espontáneaexplicación

A los términos “idiota”, “imbécil” &a., empleados en éste y en otros libros míos, no he querido darles la intención agresiva de exabrupto impremeditado y violento, sino que los uso fría y reflexivamente como calificación científica, triste y lamentablemente confirmada.



Hacer pensar ó sentir,
darle
más que ~~de~~ pensamiento

¿**QUE** nosotros queremos decir una cosa y usted entiende otra? ¡Y qué más da!... Puede ser que usted tenga más razón que nosotros. Porque aquí lo importante no es lo que nosotros hemos pensado para escribir, sino lo que nuestros lectores piensan por habernos leído.

Hay cosas que ni el que las dice las entiende bien. Y las dice para ver si así las entiende. En cuanto una larva de pensamiento, o de fantasía nos estorba en la mente la echamos, escribiéndola, a fuera para... verla mejor.

UNAMUNO

"Caras y Caretas" 9-VI-21



Dejados de la mano de Dios

HAY muchas personas que piensan; pero son muy pocas las que tienen un justo equilibrado discernimiento.

Para llegar a la realización del ideal humano de universal concordia, tendrían que tener casi todas las personas ese justo equilibrado discernimiento.

Y pienso, con pena, que ese equilibrio mental, esa clara luz de la razón, pueden tenerla solo aquellos a quienes les tocó en suerte por gracia de naturaleza. Creo, tristemente, que toda la cultura del mundo no ha redimido ni una sola inteligencia.

Cuando yo creía en la eficacia de las

ideas sobre los demás (lucha y triunfo), podía entrar en combate contra los cerrados a toda luz: tiranos, fanáticos, sórdidos, crueles y vanos de toda vanidad...

Pero es inútil el empeño de persuasión para hacer la conquista de los negados, porque cada uno es como es y no puede convertirse en otro.

Y este es el peor fatalismo: el de la sensata y razonada convicción, por observación y experiencia, de que es inútil este querer que comprendan los que no pueden comprender, porque es condición suya de nacimiento la de incompreensión.

Nos hemos pasado la vida queriendo abrir los sentidos a las personas inhumanas: iracundas, ambiciosas, intransigentes, (en intereses morales y materiales) y unas y otras, al final de nuestro discurso, se nos han quedado mirando con cara de idiotas.



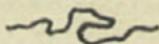
Quiero, por tanto, hacerte constar, atento lector, que éstas y otras cosas que escribo,

no tienen una tendencia educativa, aunque lo parezca; la verdadera razón de todas estas cosas es, primeramente, el gusto que me doy de escribirlas y publicarlas y, luego, el solaz y entretenimiento que a tí puedan proporcionarte.

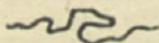
Por mi parte puedes seguir siendo como seas: santo o perverso, bruto o lumbrera, cabrito o canalla, pues veo que, pese a todo, seguirás siendo lo que seas, dejado de la mano de Dios en este mundo huérfano.



¿No habrá sido el daño del mundo la manía educadora y reformadora?



Guerra sin fin..	186
¡A la muerte!	198
La triunfadora..	202
El militarismo antimilitarista	204
Hombres	209
Los verdaderos revolucionarios	213
Tristeza e incultura	216
Los viles intereses	219
Derecho de quejarse	223
Nuestro internacionalismo	225
En paz	229
Base social, un sano individualismo	237
Huyendo del mundo	240
Aquella muchacha	242
El grito de lo que somos	246
Orfandad de origen	248
El derecho de vivir	249
La historia de mi madre.. . . .	252
En pos de la fórmula	257
No me digas qué piensas, sino dime qué sientes	262
Humanidad.. . . .	268
Convivamos	269
Dios enojado	272
Queriendo justificarme	275
Otra espontánea explicación	279
Hacer pensar o sentir, más que darle pensado	280
Dejados de la mano de Dios	281



Obras completas de VICENTE MEDINA

Volúmenes como el presente ya publicados:

- I VIEJO CANTAR (Versos de amor)
- II ¡PADRE NUESTRO! (Breviario)
- III PATRIA CHICA (Sentimiento regional)
- IV EN LAS ESCUELAS (Preceptiva pedagógica y literaria)

De estas obras completas de Vicente Medina seguirán el volumen VI "La compañera" y VII "Contra el dios de los hombres".

VICENTE MEDINA tiene material
para algunos otros tomos en
prosa y verso.
Correspondencia á Vicente Me-
dina - Entre Ríos 958 - Rosario
de Santa Fé - R. Argentina.

PEDIDOS

á la Agencia Gral. de Librería
Rivadavia 1673, Buenos Aires.
Librería "Fernando Fé" Puerta
del Sol 15, Madrid - Librería de
Victoriano Suarez, Preciados 48
Madrid.

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
M. PIGNOLO & HNO.
SAN MARTIN 585-87
ROSARIO DE SANTA FÉ**

Obras de Vicente Medina

POESÍA Volúmen de 512 páginas. Contiene toda la labor poética del autor hasta 1908, con doce juicios críticos de escritores ilustres.

LA CANCION DE LA HUERTA. Aires murcianos - Ilustraciones fotográficas de paisajes y costumbres de la huerta, tomadas del natural por el mismo autor.

LA CANCION DE LA VIDA Poesías con autobiografía.

ALMA DEL PUEBLO Primeros ensayos poéticos.

LA CANCION DE LA MUERTE Cuadros en prosa - Páginas de intenso pesimismo.

ABONICO Poesía - Las cartas del emigrante Nuevos Aires murcianos.

CANCIONES DE LA GUERRA Poesía. Píadosa lamentación, queja angustiosa, protesta airada contra la locura sangrienta de los hombres. Esto es este libro.

TEATRO

El Rentó

La sombra del hijo

El alma del molino

¡Lorenzo . . . !

OBRAS DRAMATICAS INÉDITAS

La pena duerme

La copla triste

El calor del hogar

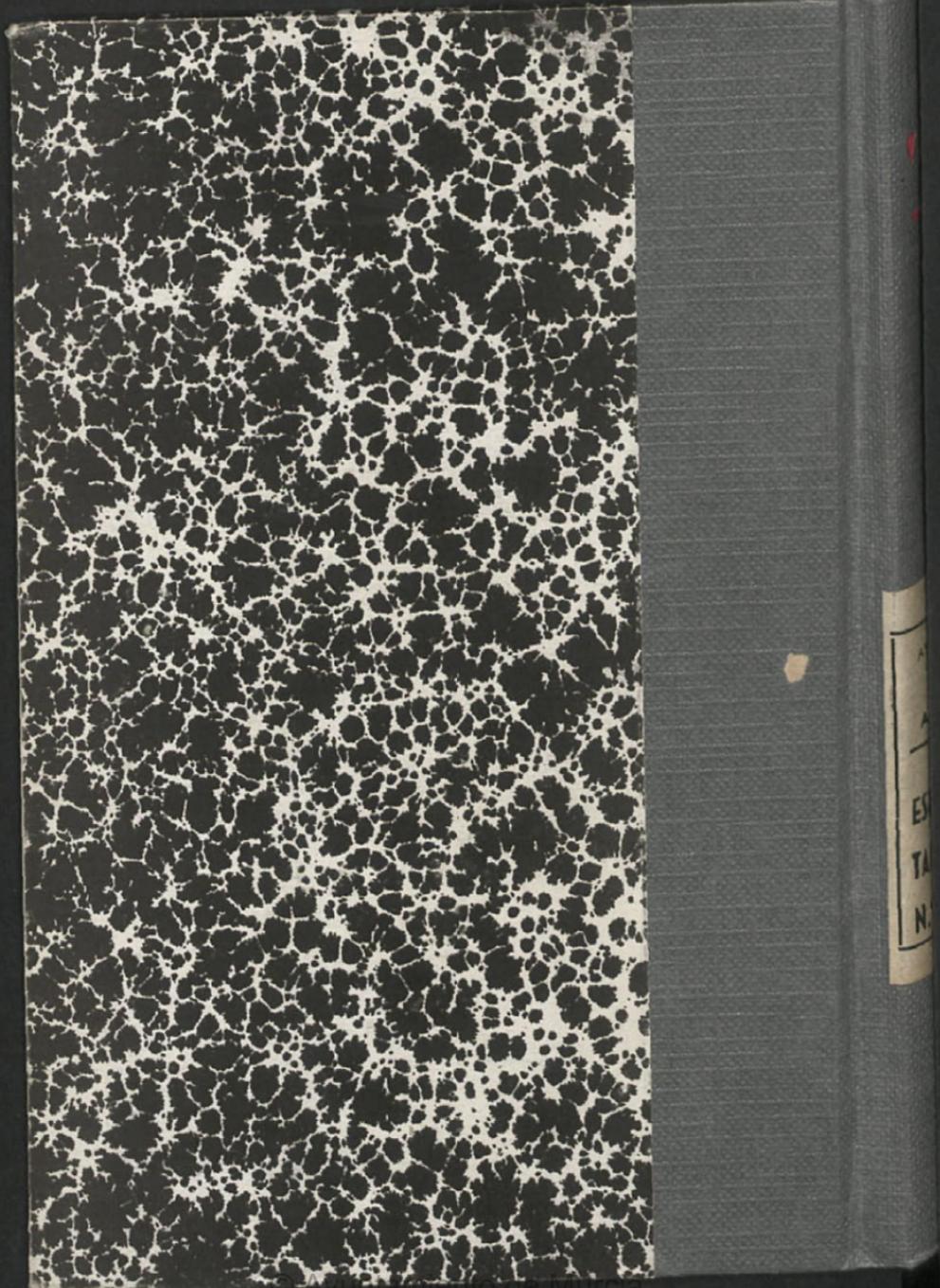
En lo obscuro

Los pájaros

La fiesta del mar

El canto de las lechuzas





EST
TA
N

V. MEDINA

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

EN EL MUNDO

HUERFANO

AYUNTAMIENTO
DE MURCIA
ARCHIVO

ESTE

F

TAB^A

F

N.^o

6